



Verano

Carmen Villoro

Ilustraciones de Elena Climent

**AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR**

Verano



CUAAD
CENTRO UNIVERSITARIO DE
ARTE, ARQUITECTURA Y DISEÑO

Instituto
Transdisciplinar
en *Literacidad*

El logo del Instituto Transdisciplinar en Literacidad, que incluye una ilustración de un libro abierto rodeado de elementos simbólicos como una bombilla, un corazón y un ojo, con una letra 'L' estilizada en la parte inferior.

letras
para
volar
Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

20 EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

Guadalajara
Capital
MUNDIAL
del libro

Verano

Carmen Villoro

Ilustraciones de Elena Climent

**AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR**



Ricardo Villanueva Lomeli

Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea

Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata

Secretaría General

Francisco Javier González Madariaga

**Rectoría del Centro Universitario de Arte,
Arquitectura y Diseño**

Arturo Verduzco Godoy

**Jefatura del Departamento de Teorías
e Historia**

Patricia Rosas Chávez

**Dirección del Instituto Transdisciplinar
en Literacidad**

Luis Gustavo Padilla Montes

**Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas**

Missael Robles Robles

**Coordinación de Entidades Productivas para
la Generación de Recursos Complementarios**

Sayri Karp Mitastein

Dirección de la Editorial



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2022

Presentación

Patricia Rosas Chávez

Autora

© Carmen Villoro Ruiz

Ilustradora

© Elena Marina Climent Smoland

Coordinación editorial

Iliana Ávalos González

Jefatura de diseño

Paola Vázquez Murillo

Cuidado editorial

Fernanda H. Orozco

Diagramación

Maritzel Aguayo Robles

Villoro, Carmen, 1958- autor
Verano / Carmen Villoro Ruiz. -- 1a.
ed. -- Guadalajara, Jalisco: Editorial
Universidad de Guadalajara, 2022.
88 p.: ilustraciones color; 23 cm.

ISBN 978-607-571-653-4

1. Novela mexicana-Siglo XXI 2.
Literatura mexicana I. t.

863.4 .V71 .V5 .V5 CDD21
PQ7298.32155 .V71 .V5 LC
FQ Thema

D.R. © 2022, Universidad de Guadalajara

20 EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

José Bonifacio Andrada 2679

Col. Lomas de Guevara

44657 Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx

01 800 UDG LIBRO

ISBN 978-607-571-653-4

Octubre de 2022

Hecho en México

Made in Mexico

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión
parcial o total de esta obra por cualquier sistema de
recuperación de información, existente o por existir, sin
el permiso previo por escrito del titular de los derechos
correspondientes.

Presentación

Letras para Volar es el Programa Universitario de Fomento a la Lectura que inició en 2010 con el fin de motivar el gusto por la lectura, mejorar su comprensión y facilitar el acceso a los libros. Este programa trabaja con niños y adolescentes de primarias y secundarias públicas, localizadas en zonas económicamente desfavorecidas. Cada semana, prestadores de servicio social de la Universidad de Guadalajara acuden a diferentes escuelas, casas hogar, hospitales y espacios públicos como plazas, bibliotecas y ferias del libro para servir a la comunidad mediante estrategias que promuevan el amor por las letras, la ciencia y la cultura.

La colección Amigos de Letras para Volar es el resultado del altruismo de diversos autores e ilustradores. Les agradecemos a ellos por esta sensible contribución, con el deseo de que sus palabras y sus trazos vuelen junto con los sueños y aprendizajes de la niñez y la juventud mexicana.

Verano es un libro conmemorativo que forma parte del programa de actividades que la Universidad de Guadalajara ha llevado a cabo en 2022 con motivo del nombramiento que otorgó la UNESCO a Guadalajara como Capital Mundial del Libro. La poeta Carmen Villoro y la ilustradora Elena Clement nos comparten su hermosa obra; sirvan estas líneas como agradecimiento a su generosidad.

¡Que ninguna niña y ningún niño se queden sin leer!

Patricia Rosas Chávez
Directora de Letras para Volar

Índice

9	Capítulo I. La familia Hermosillo
18	Capítulo II. La llegada de Amable
26	Capítulo III. Callo y los quitapesares
39	Capítulo IV. Todos contra la novia de papá
47	Capítulo V. Matilde encuentra su lugar
54	Capítulo VI. Viaje en perico a Manantul
61	Capítulo VII. Ana y el caracol
69	Capítulo VIII. La bruja blanca
73	Capítulo IX. El congreso de los búhos
81	Capítulo X. "Nadie puede deshojar una flor sin perturbar una estrella"

Capítulo I

La familia Hermosillo

—Mis papás se van a divorciar —confió Ana a su amiga Isabel por teléfono. Le había costado mucho trabajo decírselo.

Aunque Ana sabía que sus papás venían preparando esta separación desde hacía tiempo, quería creer que las cosas tenían remedio, que eran desajustes pasajeros, dificultades que tienen todas las parejas y que acaban resolviéndose con un ramo de rosas una tarde cualquiera. Decírselo a su amiga, así, con esa certeza, era decírselo a sí misma y aceptarlo como un hecho. Colgó el teléfono y repitió en voz alta:

—Mis papás se van a divorciar.

Todavía no sabía muy bien lo que eso significaba. Quería decir, claro, que papá ya no estaría en casa, que su “estudio”, ese departamento que había alquilado para “trabajar por las noches y no molestar a la familia”, se convertiría en su casa formal, si se podía llamar formal a un recinto cuyos únicos muebles eran un catre, una mesa de ajedrez, un buen número de libreros con libros de historia y filosofía, y una colección de búhos de distintos materiales, tamaños, colores y estilos que gobernaban las tablas de los libreros como si fueran las ramas de los árboles de un bosque. Viviría con su mamá y extrañaría a su papá durante la semana.

El sábado y el domingo saldría con su papá y extrañaría a su mamá.

Sus padres habían hablado con ella y sus hermanos la noche anterior, y les habían dicho toda esa sarta de mentiras que dicen los papás cuando se van a divorciar: "Lo que más nos importa son ustedes; su papá y yo ya no queremos seguir viviendo juntos, eso no quiere decir que ustedes pierdan a su papá o a su mamá porque la relación de cada uno de nosotros con ustedes seguirá siendo la misma", y bla, bla, bla.

La mamá, que se llamaba Clara, había pronunciado estas palabras con tal serenidad que parecía realmente convencida de ellas, pero mientras hablaba, su mano acariciaba la de Callo, su hijo menor, como si se estuviera despidiendo de él antes de meterse a un horno crematorio. El papá, Rodrigo, sentado en el brazo de un sillón de la sala, quería quitarle la solemnidad al episodio, y prometía excursiones los fines de semana, palomitas frente a la pantalla, campeonatos de ajedrez hasta altas horas de la noche.

Es difícil tener papás considerados, de esos que piensan cómo decir las cosas para que no te duelan; que te toman en cuenta —o que por lo menos creen que te toman en cuenta— para decidir su vida; que están dispuestos a escucharte si algo te perturba. Es difícil porque no puedes odiarlos. No puedes ni siquiera enojarte y decirles que en realidad tú no les importas porque si tú les importaras lucharían por quedarse juntos.

Eso pensaba Ana con respecto a sus papás, por eso había acudido a su amiga Isabel para desahogarse, aunque sabía que no la entendería del todo.

La familia de Isabel era perfecta. Los floreros de la casa siempre tenían flores, el perro estaba limpio, la mesa se servía todos los días a la misma hora, y se usaban servilletas de tela color rosa que la mucama doblaba —en forma de velero— sobre el plato.

Nada podía ir mal en esa casa en la que la mamá hablaba siempre en voz baja y el jugo de naranja que Ana probaba durante el desayuno, cuando se quedaba a dormir, siempre era dulce, aunque no fuera temporada.

Isabel era hija única y las alfombras mullidas que cubrían los pisos de su casa parecían cubrir también su vida, amortiguaban los golpes, suavizaban cualquier hostilidad, hacían que la vida fuera cómoda y silenciosa.

Ana, en cambio, tenía tres hermanos más chicos que ella y sus padres no podían darse lujos, tenían una vida sin carencias pero modesta. Su mamá había estudiado enfermería, pero no trabajaba; su papá era maestro de una universidad. La casa en la que vivían era una pequeña vivienda de clase media en una colonia cercana al centro de la ciudad; tenían un coche viejo que los llevaba de vacaciones a visitar a la familia al puerto más cercano.

La casa de Ana siempre estaba desordenada: balones de fútbol y juguetes de sus hermanos; los cuentos de Matilde, que tenía diez años, invadían todos los rincones de la casa: el baño, la cocina, la despensa; un día había encontrado uno en el refrigerador porque Matilde vivía en otro mundo, comía mostaza todo el día, y nunca sabía dónde estaban sus calcetines. Ana se desesperaba con Matilde, con quien compartía el cuarto, porque ella, a sus catorce años, tenía que seguir soportando las muñecas sin cabeza, los zapatos sin par, los cuadernos rayados y los lápices mordidos que invadían las repisas, el tocador y el clóset de su cuarto.

La noche anterior, cuando los papás explicaban a sus hijos cómo sería la situación familiar a causa de la separación, Matilde había preguntado:

—¿Las guacamayas saben a qué hora se tienen que dormir?

Los demás miembros de la familia se voltearon a ver entre sí y dijeron a coro:

—¡Ay, Matilde!

Aunque ya estaban acostumbrados a que la niña interrumpiera con algún comentario o alguna pregunta que no tenía nada que ver con el tema que se estaba tratando, la originalidad de sus intervenciones, o lo absurdo de ellas, siempre los sorprendía y a veces los enojaba, como en esta ocasión.

—Matilde, ¿no te das cuenta de lo importante que es lo que estamos hablando? —la reprendió su mamá en tono de reproche.

Matilde no contestó, se limitó a hacer esa cara de chiste que tanto la caracterizaba: una sonrisa delgadita de oreja a oreja, las cejas levantadas y los ojos simulando ranuras de alcancía. Matilde desesperaba a cualquiera, pero era realmente difícil enojarse con ella porque siempre tenía una gracia más con qué ganar la simpatía de su interlocutor, como un as de baraja guardado bajo la manga.

Por su personalidad, Matilde tenía serios problemas con las calificaciones en la escuela, pero su mal aprovechamiento no mermaba el afecto que sus maestros sentían hacia ella, y la seguían escogiendo para las recitaciones y las obras de teatro en las que participaba muy contenta, y sin ningún miedo al ridículo sobre todo cuando le tocaba algún personaje cómico o malvado. Un día la maestra de cuarto de primaria había mandado llamar a los papás:

—No es que Matilde sea tonta o no pueda con los estudios. Ella es feliz: saca sus muñequitos al pupitre y se pone a jugar, sin importarle las operaciones matemáticas que estoy explicando en el pizarrón. La escuela no le interesa.

¿Había algo que le importara a Matilde? Ana se lo preguntaba una y otra vez. ¡Eran tan diferentes! A ve-

ces Ana pensaba que Matilde era así porque todavía era chica, pero después se acordaba de que ella, a su edad, se interesaba por temas que sorprendían a los adultos: "¿Qué es el alma? ¿Por qué nací yo en esta familia, en este país, en esta época y no en cualquier otra?, ¿por qué no en otra familia, en otro continente, en otro momento?". Ni el catecismo ni las clases de historia, ni siquiera las largas y profundas reflexiones que su papá hacía cuando se ponía en plan serio, respondían a las preguntas íntimas de Ana; al contrario, cuando su papá le hablaba de la gran explosión del *Big Bang* para referirse al origen del universo, a Ana le sobrevenían más preguntas: "¿Qué había antes de la existencia del universo?". Y su papá le respondía simple y llanamente:

—Nada.

Ana quería entonces entender cómo era la nada.

Desde pequeña, Ana tenía una profundidad intuitiva. Su mamá contaba con orgullo cómo había comentado a los cuatro años:

—Hoy es el mañana del ayer.

A los cinco años, jugando, su papá le había preguntado:

—¿Por qué la Luna no se cae?, ¿qué la sostiene en el cielo?

Y Ana había respondido con naturalidad:

—La sostienen los otros planetas.

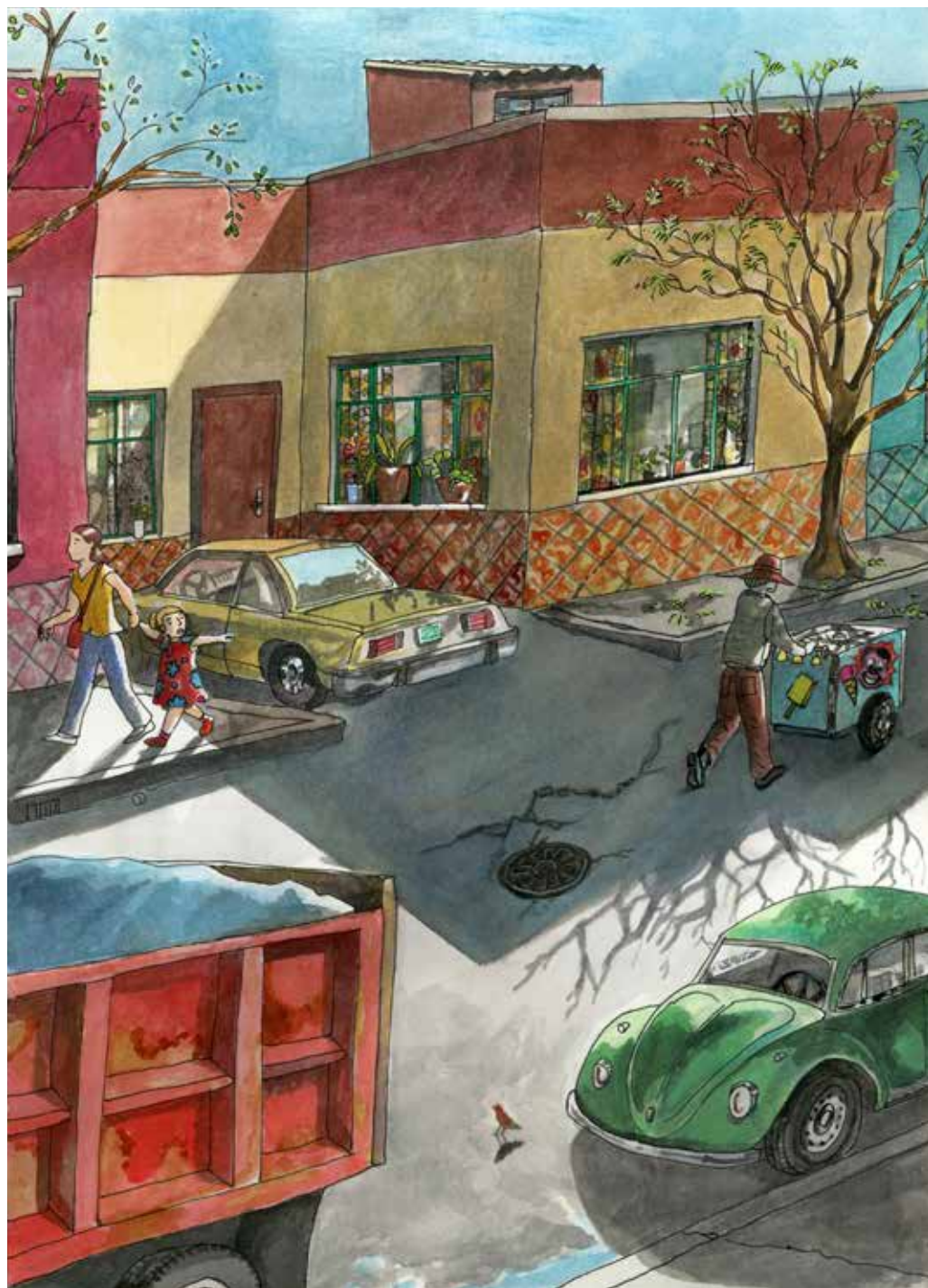
No era que a esa edad conociera sobre la relatividad, sino que algo le hacía suponer que el mundo tenía un orden, una armonía que lo hacía funcionar. Por eso ahora no comprendía que sus papás rompieran ese orden divorciándose, era como si quisieran sacarla de su órbita y dejarla caer eternamente en el vacío infinito del cosmos. ¡Y Matilde preguntando por la siesta de las guacamayas!

Rafael era el segundo hijo de la familia Hermosillo. Tenía doce años y ocho accidentes en su haber. Para él, la historia

de su vida se dividía en los periodos correspondientes a la herida en el tobillo con los rayos de la bicicleta, la fractura de la clavícula, la fisura del dedo meñique de la mano izquierda, la descalabrada en las rocas de un volcán durante una excursión. Si Ana disfrutaba de las largas conversaciones con su papá, Rafa no entendía cómo un ser humano puede permanecer tanto tiempo con las nalgas pegadas a un asiento. Para él, la vida estaba afuera: en el pasto, en la tierra, en la calle y, por supuesto, en las canchas. La temporada en que el entrenador del equipo de fútbol lo puso como portero había sido una verdadera prueba de tolerancia a la frustración y control de sus emociones. Él prefería correr; su espacio natural hubiera sido una llanura abierta en donde sus músculos, sus tendones y el fuego de su sangre conquistarían territorio a grandes zancadas. El universo del que platicaban su papá y su hermana, para él, era un espacio físico que quería tocar con las manos. Rafael soñaba con ser piloto; las ocasiones en que habían ido al aeropuerto a despedir a su abuelo, miraba extasiado, desde los grandes ventanales de la cafetería, los aviones que despegaban de la pista, y le parecía fabuloso que el hombre hubiera podido por fin volar.

Él volaría algún día, la nave crujiría por la presión del aire y la fuerza de su voluntad. Se veía a sí mismo en el futuro sobrevolando el océano, cruzándolo una noche estrellada, rodeado de palancas, foquitos y botones. Allá, en las alturas, sería por fin libre, y una guapa azafata lo visitaría en la cabina para obsequiarle té con galletas en una bandeja de plástico.

Por ahora, sólo había logrado sobrevolar las banquetas de su colonia y, como premio, el dibujo de varios corazones de sus compañeras de escuela en las férulas de yeso que le habían puesto. Para Rafael sólo había algo tan fuerte como



su deseo de libertad: el amor. A sus escasos doce años había tenido el doble de novias que de accidentes. Siempre había alguna niña que le gustaba muchísimo. En las noches, cuando todos se iban a dormir, él prendía la lámpara de su buró, tomaba la guitarra y componía alguna canción romántica. La fotografía de Claudia, la estampita que le había regalado Lucero, el monito de peluche que había olvidado Mónica en su casa, eran sus amuletos cuando tenía partido de fútbol; la noche anterior los ponía sobre su buró y les prometía la victoria. Ahora que estaba en primero de secundaria y en su clase de historia revisaban la Edad Media, Rafael pensaba que él habría podido ser un caballero andante, un guerrero a caballo galopando en los bosques con un rizo de su amada ceñido al pecho.

El corazón de Rafa tenía lugar para muchos, no sólo para las niñas. En él cabían todos los pobres del mundo, los perros callejeros, los viejitos y, cosa rara en un joven, los más pequeños. A pesar de la diferencia de edad, trataba a su hermano Callo, de cuatro años, con una paciencia de santo.

—Te vas a ir al cielo con todo y tenis —le decía Ana, quien describía a su hermanito menor como “el tirano de la familia”.

Ahora que sus papás iban a divorciarse, a Rafael le importaba sobre todo el sufrimiento de su hermano. Él, por lo menos, había vivido hasta los doce años con sus papás, pero Callo no recordaría nunca lo que había sido tener una familia unida. Rafa tenía la firme creencia de que las personas comienzan a recordar su vida a partir de los cuatro años, ya que eso le sucedía a él; su primer recuerdo provenía de esa edad, cuando había metido el pie en la rueda de aquella bicicleta que manejaba su papá.

A Callo le decían así porque no podía pronunciar su nombre: Carlos. Sólo Ana lo pronunciaba correctamente, ya

que le parecía que era un chiqueo del niño para que lo siguieran tratando como bebé. Pero Callo era absolutamente ajeno a lo que pudieran pensar de él. Su mundo de objetos de plástico, ruidos, sabores y juegos de video era tan rico, que apenas y se daba cuenta de que tenía hermanos mayores. Su mamá le dedicaba tanto tiempo que no podía participar de los eventos escolares de Ana, los campeonatos de Rafael y las representaciones teatrales de Matilde. Por alguna razón misteriosa, Callo estaba frecuentemente enfermo, y Clara, la mamá, siempre cansada, ojerosa y de mal humor. Ana había hablado de esto con su mamá y ella la escuchaba, incluso le daba la razón, pero una fuerza poderosa la volvía a sujetar a los caprichos y las calenturas infinitas de Callo. El niño había oído hablar a sus papás de la separación, y se había imaginado que un malo vendría y se llevaría a su mamá. Su papá no le preocupaba gran cosa, pero las palabras de su mamá esa noche, los ojos llorosos de su hermana Ana, el jugueteo de la pelotita de *ping pong* entre los dedos nerviosos de Rafa, le indicaban que algo terrible sucedería, como cuando llovía en la noche y caían truenos, y su papá no lo dejaba ir a dormir con su mamá. Por eso, mientras seguían hablando de cómo sería la separación, él había ido a ponerse su capa de hombre murciélago, y había sacado la espada de a pilas que prendía lucecitas, para que el mundo no se convirtiera en esa pesadilla horrible que significa crecer.

Capítulo II

La llegada de Amable

Alguien tocó la campana del umbral de la casa de los Hermosillo: tan-tan-tan, un sonido sereno y armonioso. Era una muchacha sencilla, de unos veinte años, con una maleta vieja y maltratada, amarrada con mecates burdos.

—Vengo de la agencia de colocación —explicó a Clara, la mamá, que se asomaba por una de las ventanas.

Matilde salió a recibirla. Ahora que estaba de vacaciones todo le parecía un acontecimiento. Esperaba a que pasara el camión de la basura y miraba cómo de su sucio interior aparecían unos jóvenes sudorosos con el torso desnudo y un cencerro amarrado a la cintura para que los vecinos escucharan su llegada; tomaban en sus manos las bolsas depositadas sobre las banquetas y las arrojaban hacia el estómago del camión como si fueran pelotas de basquetbol. Después venía lo mejor: una compuerta de metal trituraba la basura haciendo estallar los plásticos, los vidrios, las verduras, y dejando en el ambiente un olor a naranja podrida. ¡Magnífico! También le gustaba la moto que jalaba un carrito colmado de frutas y verduras. El chofer hacía sonar una trompetita mientras la moto andaba, y una vez que se detenía sacaba un enorme altavoz y anunciaba:

—¡Jitomate a sólo siete pesos el kilo, fresquecito! ¡Traigo mango de Manila!, ¿cuánto le damos?, a ver, ¿cuánto le damos?

Entonces salían las amas de casa en pijama y pantuflas a llenar de colores redondos sus canastas.

A veces pasaba una camioneta llena de triques. Se detenía haciendo sonar una grabación que decía:

—Compro cosas usadas. No le dé pena, señora; mande al niño, mande a la niña. Aquí le compramos lo que ya no le sirva.

Todo ese movimiento era más atractivo, para Matilde, que la escuela. Se divertía pensando que lo que iba dentro de las bolsas trituradas eran sus útiles escolares, e imaginando que las que salían en tubos y camión eran sus maestras de español y geografía, y que alguien traía una carta con un mensaje supremo: “La niña Matilde Hermosillo, por su inteligencia y sabiduría innatas, no tendrá que volver a presentarse en la escuela”. Por eso fue Matilde quien salió a abrir la puerta a la muchacha que había sido contratada por su mamá para que los cuidase e hiciera el quehacer de la casa, ahora que ella retomaría el trabajo y podría pagar esa ayuda doméstica.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Matilde.

—Amable —respondió la joven.

A Matilde le pareció que su voz correspondía a su nombre; además, notó que, cuando lo decía, Amable mostraba una sonrisa de dientes blancos y grandes y sus ojos, pequeños y brillosos, casi desaparecían al sonreír.

Clara y Rodrigo, los papás, habían decidido separarse en un periodo vacacional. Esto le permitiría a ella organizarse para volver a trabajar; ahora necesitarían más ingresos ya que mantener una casa no es lo mismo que mantener dos; ella, que era enfermera, había dejado de trabajar cuando nació Callo, el más pequeño de los hijos. Ahora asistiría

como voluntaria a un hospital para niños. Si todo salía bien, tendría trabajo seguro para el inicio del nuevo ciclo escolar. Callo entraría por primera vez al jardín de niños.

Amable se instaló en un pequeño cuarto que se alzaba sobre la azotea de la casa. Matilde pudo observar cómo desamarró la valija y sacó de ella algunas prendas de ropa. A la joven le gustaban los colores muy brillantes. En la habitación apenas había espacio para que alguien pudiera colocar sus pertenencias.

En este cuarto se encontraban varias cajas apiladas que contenían enseres de la familia que no se usaban, pero de los que la mamá no se quería deshacer. Había una cómoda con calcomanías de figuras infantiles que había servido en su momento para guardar la ropa de los niños; la cama, un tanto vencida, ocupaba casi la mitad del espacio. Matilde pensó en lo injusto que era que la habitación en donde viviría Amable era la menos bonita de la casa.

Amable sacó una manta bordada con diminutas cruces de hilo negro que en su conjunto figuraban flores y la colocó sobre algunas de las cajas a manera de mantel, después fue colocando sobre él una serie de objetos que a Matilde le parecieron mágicos: un caracol del tamaño de una mano, una cajita de madera adornada con una línea roja y una verde, unas semillas con forma de ojos de vaca, un cofre en el que guardaba cartas, una bolsa de alpiste, unos frijolitos rojos encerrados en una caja hecha con tiras ensambladas de madera, un frasco de vidrio que contenía flores blancas que más bien parecían nubes por su manera de moverse en el aire encerrado, y una vela. La niña preguntó:

—¿Qué son todas esas cosas?

—Son regalos de mis viejos, cosas que ayudan a la gente de Manantul, mi pueblo —contestó Amable.

No sólo Matilde pensaría que Amable era un ser portador de magia. Poco a poco toda la familia se fue enterando de que la joven provenía de una zona del país lejana y olvidada. Un lugar donde la naturaleza daba al hombre lo que la sociedad le negaba: alimento, abrigo, medicina, sabiduría. Los animales y las plantas habían sido los compañeros de juego en la infancia de Amable, que todavía tenía los pies callosos de tanto andar descalza en la montaña. Amable les platicaba a los niños, mientras les daba de merendar, cómo allá en su pueblo los chiles se asan sobre brasas de una fogata y los elotes crepitan entre las llamas:

—Si te quedas oyendo, los maíces te cuentan con sus grititos muchos cuentos —decía.

Les contó que ella había llegado a la ciudad apenas hacía unas semanas buscando trabajo para llevarle a su familia cosas que la selva no ofrecía: dinero, zapatos, algunas medicinas. Siete pericos la vendrían a visitar pronto desde su pueblo, le traerían noticias de sus vecinos, de todo lo que pasaba allá, en aquel territorio habitado por la niebla. Desde que había llegado, a quien más extrañaba Amable era a Cantarita, su mula, esa que una vez la había salvado de morir ahogada en el río: la niña se había arrojado al agua, ahí donde la cascada caía estrepitosamente y hacía remolinos que desde la orilla no podían observarse, pero que cuando alguien entraba en ellos perdía todo control sobre su cuerpo. Cantarita había visto la escena y se había arrojado, arriesgando su vida, para que la niña se agarrara de sus orejas y juntas alcanzaran la orilla.

Al papá le parecía que Amable era una persona un poco rara, y al principio dudó si habría sido una buena decisión contratar a alguien para que se hiciera cargo de sus hijos. Le parecía supersticiosa, una muchacha infantil que, en el momento en que tuviera que enfrentar un problema, recu-



riría a su pensamiento mágico y no podría tomar las medidas prácticas para solucionar la situación de una manera eficaz. Él valoraba la razón por encima de la intuición: las decisiones debían provenir de un análisis minucioso y no de una simple corazonada. Por eso cuando Amable explicó que había decidido venir a trabajar a esta casa porque había soñado que un árbol perdía todas sus hojas, Rodrigo se había molestado y la había querido instruir:

—Amable, uno no decide las cosas importantes de la vida porque sueña con un árbol al que se le caen las hojas.

Pero Amable le había contestado con otra frase tan enigmática como la primera:

—Si hubiera sido un árbol de ciruelo o jacaranda, yo no hubiera venido; porque esos siempre mudan sus hojas, pero los tabachines no, sólo si están enfermos de tristeza.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros, Amable? —replicó el papá.

—Usted sabrá, señor, yo sólo vine a recoger las hojas —dijo Amable, y siguió barriendo la banqueta.

Ana no entendía por qué su papá podía estar preocupado. Amable había conseguido, desde el principio, su simpatía. Ana no sabía muy bien por qué, pero algo le decía que esa muchacha sencilla de frases escuetas y mirada brillante poseía una sabiduría tal vez más profunda que la de sus padres, educados en las mejores universidades. Amable conocía la naturaleza; el agua, el aire, el fuego y la tierra la habían acompañado desde siempre. Era como si ella estuviera formada por esos elementos: sus manos parecían de tierra, en su mirada se adivinaban las brisas que mueven los maizales, su voz fluía como río y su risa era como si el agua tropezara con pequeñas piedras lisas y las hiciera chocar; y el fuego estaba ahí, pequeño y resguardado, como una hoguera, en el fondo de su corazón, capaz de calentar la soledad que Ana a veces sentía.

¿De dónde provenía esta simpatía de Ana por Amable? Como todo lo que rodeaba a la muchacha, esto también era un misterio, pero se había reafirmado el día en que Ana la había visto tejer sus trenzas. Las manos cortas y morenas de Amable distribuían en varias caudas su cabello negro; después, con habilidad, había comenzado a tejerlas cruzando listones de colores como si aquello fuera un telar encantado. Las trenzas de Amable no eran de tres mechones, como todas las trenzas, sino de ocho, y quedaban tan perfectas como los diversos tejidos de plantas o insectos que Ana analizaba en el microscopio durante su clase de biología. Desde entonces confiaba en Amable y escuchaba sus historias como si sus frases fueran hilos con los que ella, algún día, podría tejer el telar, hasta ahora incomprensible, de la vida.

Clara, la mamá, no tuvo reparos en aceptar a Amable. Su doble condición de enfermera y mamá le hacían valorar la capacidad de dar afecto por encima de otras virtudes. Amable le había parecido, desde el principio, una muchacha cálida y dulce, y esas eran cualidades suficientes para animarse a dejar a sus hijos —y sobre todo a Callo— a su cuidado. Además, no tenía otra opción; la vida le exigía cambios sin preguntarle si estaba preparada para ellos. Clara valoraba mucho que alguien dedicara su tiempo al servicio a los demás, eso era el trabajo doméstico, pero también consideraba que todo trabajo debía ser bien remunerado. Poco a poco las dos mujeres irían descubriendo que había maneras de mejorar sus vidas y que podían ayudarse entre ellas.

Así fue como Amable, en unos cuantos días, fue llenando la casa de una atmósfera luminosa que provenía de su espíritu alegre, casi infantil, en el que vivían los trinos de los pájaros, los colores de las flores silvestres, los aromas de las plantas, el ritmo acompasado de los arroyos, la quietud solazada de las piedras y el misterio de las raíces.

En vano buscó el papá en el mapa y en las enciclopedias el lugar de donde provenía Amable: Manantul. Por su manera de hablar supo que la muchacha venía del sur del país, pero el nombre con el que nombraba su terruño de origen no parecía ser el nombre de ningún pueblo de aquella región. Como tantas cosas de Amable, parecía un invento, otra creación de su mente imaginativa. Lo que sí era muy real era que, cuando lo pronunciaba, su mirada se perdía en el horizonte como queriendo abarcar los maizales inclinados por el viento, o hacía figuras caprichosas en el aire, como dibujando las ramas de los árboles en los que, años atrás, se trepaba con los pies descalzos y las manos polvorientas.

El nombre de Manantul evocaba sonidos, texturas, formas y temperaturas de un mundo natural que los niños de la familia Hermosillo desconocían, pero que ahora comenzaban a percibir entre los aromas de las ollas de la cocina, en la danza de las sábanas tendidas al sol en la azotea, en los diferentes tonos de verde de las macetas del patio, en el reposo del agua de la pila, pero sobre todo en la voz de Amable que era como un arroyo cuyo nacimiento desconocían, pero que pasa ahí, junto a tu vida, dándole al mismo tiempo paz y movimiento.

Capítulo III

Callo y los quitapesares

—¡Vete! —le gritó Callo a su mamá cuando ella entró al cuarto.

—Pero si tú mismo me llamaste —le replicó ella.

—Sí, pero vete —insistió el niño.

Una vez que Clara hubo desaparecido tras la puerta, el niño volvió a gritar.

—¡Ven, mamá, ven!

—Bueno, quién te entiende —dijo la mamá cuando estuvo de regreso.

—¡Quédate a dormir aquí! —pidió Callo.

—No, Carlitos, son las tres de la mañana y no quepo en tu cama, duermo muy incómoda; mejor te prendo la lamparita.

Con los gritos de Carlitos, Rafa, que dormía a su lado, se había despertado y replicó:

—No, mamá, no prendas la lámpara, yo no puedo dormir con luz.

—¿Ya ves, Callito? Ya se despertó tu hermano; ya duérmete, por favor.

Carlos comenzó a lloriquear:

—¡No, mamá, no me dejes porque viene el Monstruo del Cerebro Pelón!

—Cerebro pelón el tuyo, que cree en esas cosas — dijo Rafa.

—Rafa, no seas sangrón, tu hermanito tiene miedo.

—¿Me puedo ir a tu cama, mamá?

—No, Callo, ya lo hemos platicado muchas veces, cada quien tiene su cuarto.

—Pero si tú estás solita, ya no está mi papá y tu cama está bien grandota, no seas envidiosa.

—No es por envidiosa, Carlos, tienes que aprender a respetar mi espacio y a aguantar tus temores.

—Me va a matar, mamá, me va a electrocutar con su mano de cables.

—Está bien, Callo, me voy a quedar aquí sentada hasta que te duermas.

—Pero no te vayas a ir, mamá.

—No, ya te dije que no, cierra los ojitos.

Clara acomodó un cojín entre su espalda y la pared; y así, sentada sobre la cama, comenzó a relajarse y a dar palmaditas sobre la espalda de su hijo. Intentó levantarse un par de veces, pero apenas Callo sintió su movimiento, se incorporó para decirle:

—No te vayas, mamá.

—No, si todavía no me iba —contestó Clara, que no deseaba nada más que irse.

Al cabo de un rato, Rafa fue el que se incorporó:

—Mamá, pareces una sombra, ya vete a dormir.

Clara se aseguró de que Callo dormía profundamente y se regresó a su cama, pero ya no pudo dormir.

—No sólo parezco una sombra —pensaba—, en realidad soy una sombra. Hace muchos años que olvidé mis ilusiones y me convertí en la sombra de mí misma —rumiaba en silencio.

Recordó el libro aquél que había leído en su juventud: *La bruja blanca*, que trataba de una doctora que abandonaba el mundo cómodo y civilizado de Inglaterra para irse como voluntaria a África, a curar a hombres y mujeres, niños y ancianos en los lugares más recónditos del continente. Clara había querido ser como ella, había tratado de convencer a su papá de que la dejara estudiar medicina, pero el papá había dicho:

—¿Para qué? Si algún día te vas a casar y vas a tener que dejar tu profesión. Mejor estudia una carrera corta.

Su deseo de ayudar a los demás la había inclinado por enfermería y había logrado terminar sus estudios con excelentes calificaciones. Trabajó un tiempo, luego conoció a Rodrigo y se casaron. Vinieron los hijos y ella se apartó completamente de su profesión. Pero en noches como ésta, en que no podía conciliar el sueño, volvían a invadirla sus antiguos anhelos. De alguna manera percibía que aquella joven aventurera seguía habitando en el fondo de su alma. ¿Podría probarse a sí misma que no era sólo una sombra? En ese momento le picó un mosquito.

—Buena señal, todavía corre sangre por mis venas —se dijo a sí misma, mientras se echaba la almohada en la cabeza para dormir por lo menos unos minutos.

Esta historia de los temores de Callo se repetía todas las noches. Y no era que Callo quisiera fastidiar a toda la familia. Lo hacía, es cierto, y no le importaba un comino, pero eso no quería decir que sus miedos no fueran tan

reales como la mariposa negra que entraba a su cuarto después de las lluvias.

Callo tenía este sueño recurrente: un hombre de cara contrahecha, con el cerebro descubierto y triple joroba, y que electrocutaba niños con sus manos de cables, lo perseguía por toda la casa; él se escondía en la alacena, debajo de la cama, dentro del refrigerador, en el cesto de la ropa sucia... pero el monstruo siempre lo descubriría; luego, él corría a esconderse a otro lugar, pero las manos del villano alcanzaban a quemarle la ropa. Sudando, se despertaba a cada momento para comprobar que su pijama estaba completa. Sin embargo, no hacía más que poner la cabeza en la almohada y ya estaba otra vez huyendo de su perseguidor.

Un día por la tarde, Amable se acercó al niño, que miraba la televisión. En la pantalla aparecían unas figuras largas y huesudas. Una le decía a la otra:

—Pronto exterminaré al planeta.

La otra figura señalaba una maquinaria impresionante.

—Sí, con nuestro equipo TECNO-X haremos papilla a la humanidad.

Los colores azules y morados de la pantalla ejercían tal magnetismo que Amable se sumergió en la caricatura como si ella también fuera una niña de cinco años. A continuación, vinieron escenas en las que los planetas del universo explotaban como bombas y dejaban el cosmos en pedacitos.

El programa se interrumpió para dejar paso a un anuncio de chicles en donde los niños hacían bombas que estallaban con los mismos sonidos que los de la caricatura.

—¡Chicles TECNO-X hacen papilla tu antojo! —gritaban los niños del comercial, entusiasmados por sus propios gritos.

—¿Cómo es el monstruo ese con el que sueñas? —preguntó Amable.

—Tiene la cabeza abierta y se le ve el cerebro; sus manos son unos cables que, si te alcanzan, te dan toques y hasta te puedes morir; su boca es un hoyo y tiene una lengua que da vueltas; sus ojos son como pantallas de computadora y adentro de ellos se dibuja una calaca.

Amable no conocía ese tipo de monstruos. En Manantul había muchos seres fantásticos, pero todos eran parecidos a animales, a plantas, o eran espíritus de seres humanos; había algunos que eran buenos y otros verdaderamente malévolos, pero ninguno tenía las características que Callo describía. Sin embargo, no le resultó difícil entender su gran temor porque ella misma lo había sentido cuando tuvo que enfrentarse por primera vez a los aparatos eléctricos.

Nunca había visto un horno de microondas o un tostador de pan, y la licuadora era algo que sólo tenían los dueños de un restaurancito que estaba sobre la carretera y que Amable había visto funcionar cuando iba en su mula a llevarles leche del pueblo. Muchas veces se había quedado extasiada viendo el remolino sonoro que se formaba en el vaso de cristal, y se divertía cuando la leche subía tanto de nivel que botaba la tapa de plástico y salpicaba la cara de la dueña del restaurante. En el centro del pueblo había una cabina telefónica, y cuando Amable era chica, le gustaba acercarse para, desde la banqueta, escuchar el rin-rin de ese aparato negro que parecía un enorme grillo. Así es que, ahora que tenía

que aprender a usar todas esas cosas, realmente sufría. El colmo había sido el otro día, cuando se le atoró una rebanada de pan en el tostador: ella quiso sacarla con un tenedor de metal y recibió una descarga eléctrica con la que sintió que se le achicharraba hasta el último pelo y se le quemaba el corazón.

—Ellos te van a ayudar a que ya no sueñes con ese que no es bueno —le dijo Amable a Callo.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó el niño.

—Quitapesares.

—¿Quitapesares? ¿Qué es eso?

—Ven para que te los dé, los tengo guardaditos.

Callo siguió a Amable hasta su cuarto. Todavía no era de noche, pero el cuarto de la muchacha estaba oscuro, ya que sólo una ventana alta de vidrio opaco dejaba entrar la luz que se filtraba por un pasillo. La llama de una veladora iluminaba una pared en la que la joven había pegado una estampa de la virgen de Guadalupe. Abrió el cajón del viejo y desvencijado buró y le extendió algo a Carlitos.

—¿Es un quitapesar?

Con una risita que parecía una cascada cayendo sobre las piedras, Amable le dijo:

—Es una charamusca.

—¿Y para qué es? —preguntó Callo.

—¿No la conoces? Es un dulce, chúpalo.

Callo se la metió a la boca.

—Parece caca, pero está rico —le dijo.

Amable se acercó a su mesa de objetos singulares y tomó de ahí una cajita ovalada de cuatro centímetros hecha con madera muy delgada. Era amarilla y tenía pintadas, como única decoración, una raya roja y otra verde.

—Toma —le dijo a Carlos.

—¿Qué es? —preguntó el niño.

—Quitapesares.

Carlos abrió la cajita. En su interior se encontraban seis muñequitos. Su cabeza era de cartón, sus manos y piernas de alambre recubierto de hilo de colores; las mujeres tenían falditas de tela colorida. Parecían guerreros en miniatura.

—¡Qué bonitos! —dijo Callo—. ¿Me los regalas?

—Son buenos —le confió Amable—. En la noche, antes de dormir, les cuentas tu problema, luego los pones debajo de la almohada y, mientras tú duermes, ellos se llevan tus malos sueños; pero es un secreto, no se lo digas a nadie.

—¡Qué lindos! —volvió a exclamar Callo, apretándolos fuerte dentro de su mano—. ¿Me haces un *chocomilk*?

Callo esperó el momento en que Rafa iba al baño para platicar con sus quitapesares. La mamá abrió la puerta para entrar, pero el niño le gritó:

—¡Vete!

Clara se quedó paralizada con el grito y entonces Callo le explicó, ya en otro tono:

—Es que estoy haciendo un secreto, mamá, y los secretos son escondidos.

—Está bien, está bien, ya me voy para que sigas con tus secretos —dijo la mamá.

Después de hablar con los quitapesares, Callo los colocó bajo su almohada.



—¿Quieres que te acompañe un rato? —preguntó la mamá.

—No —dijo Callo—, ya soy grande.

Clara se sorprendió, pero no le dijo nada a su hijo, sólo le dio un beso en la frente y salió del cuarto contenta. En el pasillo le comentó a Rafa, que venía de lavarse los dientes:

—Creo que tu hermanito se está volviendo valiente.

A media noche, Carlos sintió calor en la oreja y esto lo despertó. Levantó la almohada y vio que los quitapesares estaban sentados en círculo y habían prendido una diminuta hoguera para calentarse.

—Tenemos que acabarlo —decía uno de ellos, el más alto y delgado—, es una bestia peligrosa.

—Ayer electrocutó al hijo del carnicero —decía una señora quitapesar, la más chaparrita—. Tenemos que cuidar a nuestro niño Callo.

—Antes que nada, vamos a cantar para que nuestros dioses buenos nos acompañen —dijo el más anciano de los quitapesares.

Y, dicho esto, todos comenzaron a entonar un canto en un idioma que Callo no entendía. En un momento tuvo miedo de que Rafa se despertara con las vocecitas de los quitapesares, pero eran tan melodiosas que, lejos de despertarlo, parecían arrullarlo. Fueron ellos, los quitapesares, los que se asustaron con un ronquido de Rafael. Se levantaron y se pusieron en guardia, sacando sus pequeñas lanzas. Sigilosamente, fueron acercándose al lugar de donde provenían los ronquidos. Un quitapesar que no había hablado hasta entonces, uno gordito, dijo:

—Es la bestia buena, no hay que temer, pero no suelten sus lanzas, el "malo" ya mero se aparece.

Entonces, la otra quitapesar, una jovencita, descubrió a Callo asomado por encima de la almohada.

—¡Ahí está nuestro niño!

Los quitapesares escalaron como pudieron por los pliegues de la almohada y llegaron hasta los ojos asombrados del gigante.

—Tú escóndete, nosotros ahorita mismo acabamos con él —le indicó el joven y delgado quitapesar. Callo se escondió en el clóset.

Por una rendija, Callo vio cómo todos los aparatos eléctricos del cuarto comenzaron a echar chispas y a tronar. Era sin duda el anuncio de la presencia del Monstruo del Cerebro Pelón. Pronto vendría a electrocutarlo. Tuvo la tentación de gritarle a Rafa o a su mamá para que vinieran a protegerlo, pero algo en su corazón le decía que los quitapesares iban a poder contra el villano de la electricidad. Abrazó una pantufla de peluche en forma de conejo que encontró adentro del clóset, se tapó la cabeza con un abrigo que colgaba de un gancho, pero asomándose por una de sus aberturas para no perderse nada.

Callo vio cómo se agitaron con fuerza las hojas de cristal de la ventana, y el monstruo entró en el cuarto, con toda la fuerza que sus voltios le conferían, dispuesto a hacer carbón al primero que se encontrara.

Los quitapesares, atrincherados entre los muñecos de peluche, empezaron a disparar flechas certeras que caían en el cráneo abierto de Cerebro Pelón, causándole algunas averías a sus circuitos. Otras flechas, no tan certeras, se clavaban como alfileres en el cartel del equipo de fútbol favorito de Rafa, colgado en la pared; otras se perdieron entre las enciclopedias del librero. Una flecha que disparó el quitapesar gordo dio por equivocación en la nalga de Rafa, quien masculló, medio dormido, sin que se le entendiera bien y dando manotazos:



—¡Mugres moscos! —para volverse a dormir de inmediato, ignorando la acción que se desarrollaba en su propio cuarto.

—¡Le diste a la bestia buena! —lo reprendió la quitapesar viejita.

Las pequeñas flechas, seguidas por lanzas con punta de obsidiana, lograron insertarse en los cables del monstruo creándole algunos cortocircuitos. Cerebro Pelón, lleno de furia por el dolor que le causaban los agudos piquetes, daba violentos manotazos tirando útiles escolares, carritos de metal, muñecos de plástico, banderines deportivos. De su cabeza salían chispas, humo y un olor a plástico quemado. En las pantallas de sus ojos aparecían rayas y ruido, como cuando no sirve la televisión; de sus manos de enchufe salían rayos azules que alcanzaban a hacer hoyos en los cojines, en las cortinas, en la colcha de la cama, en la alfombra. Aunque el monstruo se tambaleaba, las flechas y las lanzas no parecían ser armas suficientes para matarlo. Callo temblaba dentro del clóset y apretaba la pantufla pensando cómo se sentiría ser una salchicha al horno.

Entonces los quitapesares sacaron otras armas desconocidas para Callo. El joven y delgado indígena daba instrucciones a sus compañeros:

—Eleven al cielo sus palos de lluvia, que la fuerza de la tormenta domine la fuerza del señor aparato.



Desde sus acolchadas trincheras levantaron en alto unas cañas de bambú, que contenían miles de pequeñísimas semillas, cuyos extremos estaban tapados por piel de venado. Elevando un brazo y luego el otro, inclinaban rítmicamente sus palos de lluvia, permitiendo que las semillas resbalaran de un extremo a otro al interior del bambú, produciendo un sonido maravilloso, como el de un aguacero en medio de la selva.

Callo no sabía qué hacer, pensó que los quitapesares eran unos tontos, que Cerebro Pelón estaba a punto de electrocutarlo y ellos ahí, bailando con sus palitos en vez de atacarlo. Pero tenía tanto miedo que no se atrevía ni a gritarles que dejaran sus tonterías y se dieran prisa en derribar al monstruo.

Pero una nube negra se formó en el techo, una nube densa y voluptuosa, una nube terrible y salvadora sobre la cabeza chisporroteante del monstruo eléctrico, que comenzó a emitir rayos y truenos. Una tormenta tan violenta como una catarata se desplomó sobre el monstruo, que primero se bamboleó como una cafetera y después explotó como una estufa recalentada. Quedó hecho pedazos.

Rafa volvió a removerse en su cama; la tormenta había caído sólo en el perímetro en que se encontraba el monstruo, pero algunas ráfagas de agua habían llegado a todos los rincones del cuarto.

—Ya ni la amuela papá —dijo Rafa con voz pastosa y sin abrir los ojos—, antes de irse hubiera tapado las goteras.

El pobre Rafa había aprendido a dormir con los gritos y los temores de su hermanito, por eso era difícil que despertara ante cualquier desastre.

Los quitapesares guardaron ahora silencio. Sentados en círculo, parecían decir para sí mismos palabras sagradas.

Callo salió del clóset al campo de batalla que era ahora su cuarto y acercó su rostro a la sábana donde oraban los quitapesares.

—Gracias —les dijo.

El quitapesar anciano dirigió la palabra a sus compañeros:

—Muchos aparatos, demasiada luz cuando es hermosa la oscuridad.

Callo acercó su mano para tomarlos entre sus dedos y notó que ya no se movían, eran otra vez los muñequitos de hilo y alambre que Amable le había regalado. Dormían el sueño apacible del que sólo despertarían cuando tuvieran que volver a ayudarlo.

La mamá entró temprano en la mañana a la recámara. Cuando vio el tiradero en el cuarto de sus hijos, pensó: "Estos niños traviesos otra vez estuvieron jugando almohadazos".

Durante una semana no sirvió en la casa ningún aparato eléctrico. Había luz, pero el voltaje era tan bajo que los focos parecían lámpara de gas como las que se usan en los ranchos. Callo dejó de ver televisión y aprendió a divertirse con Matilde en el jardín. Ana reunía en la noche a sus hermanos en la sala para contarles historias de misterio. No había lavadora, horno de microondas ni licuadora, pero Amable estaba más cantarina que nunca; tallaba la ropa en la tarja, molía los chiles en el molcajete, calentaba la comida a fuego lento.

—Todo lo que se abrasa sabe malo. Sólo lo que se cocina despacito tiene el sabor del tiempo —decía mientras aminoraba el gas de la estufa con una mano y con la otra acariciaba la cabeza de Callo que se sostenía con seguridad de su delantal.

Capítulo IV

Todos contra la novia de papá

—Hoy van a conocer a la chica con la que estoy saliendo —le dijo Rodrigo a su hija Ana por teléfono.

—No inventes, papá. Nosotros queremos salir sólo contigo.

—Les va a caer bien, ya verán, es muy linda.

Ana no contestó nada. Colgó el teléfono dispuesta a negarse a salir con su papá y su nueva novia. Reunió a sus hermanos y les dijo:

—¿Qué creen? Papá va a presentarnos a su galana. Yo no sé ustedes, pero yo me niego a salir con ellos.

—Yo tampoco quiero conocerla —dijo Rafa—. Pobre de mi mamá, ha de sentir horrible que salgamos con la novia de mi papá.

—Yo tengo una mejor idea —propuso Matilde—: hay que salir con ellos, pero hay que inventar un plan para que no quieran volver a salir nunca con nosotros. Podemos decirle a ella todos los defectos que tiene mi papá —agregó—. Sí, hay que decirle que se echa muchos pedos en la noche —continuó proponiendo Matilde.

—Y que habla de puras cosas aburridas —añadió Rafa.

—Hay que portarnos mal, muy mal, como unos verdaderos cerdos —propuso Ana.

Carlos, que jugaba con su carrito, escuchó esta última propuesta y dejó de jugar. Ser un verdadero cerdo le parecía un plan fantástico. Por primera vez le caía bien su hermana mayor, esa regañona de primera.

La hora que precedió a la llegada del papá discutieron su estrategia entre carcajadas y susurros, y cuando éste tocó el timbre, se sentían un equipo, un compacto grupo de terroristas emocionales, movidos por un objetivo compartido: molestar.

Ella estaba sentada en el asiento de adelante de la nueva camioneta de Rodrigo y los saludó con una sonrisa cuando ellos se subieron.

—Hola, chicos, soy Natasha.

—Qué feo huele esta camioneta —dijo Rafa a voz en cuello—, ¿ya empezaste con tus eliminaciones traseras, papá?

—Oye, Rafa, no seas grosero, ¿no ves que viene Natasha con nosotros?

—¿Tus papás son rusos? ¿Por eso te pusieron así? —se dirigió Ana a la muchacha, a quien le calculó no más de 28 años, una mujer ciertamente más joven que su madre.

—No, mi apellido es López, pero me pusieron así por una gimnasta olímpica a la que mi mamá admiraba mucho.

—Te pareces a mis barbies —dijo Matilde—, a todas les he roto la cabeza.

Natasha se quedó callada. Comenzó a sentir que la atmósfera en la camioneta se hacía pesada.

—¿Puedo prender el aire acondicionado? —preguntó a Rodrigo.

—Si quieres abre la ventana —contestó él.

—La camioneta de mi papá no tiene aire acondicionado porque es bastante pobre. Profesor universitario con salario mínimo, cuatro hijos que necesitan frenos en los dientes,

plantillas en los pies y próximamente psicoanálisis para resolver el trauma de la separación —comentó Ana.

—Ana, se te está pasando la mano con tus comentarios —la regañó el papá, visiblemente incómodo.

Rafa observaba por el espejo retrovisor a Natasha. Era bonita, no cabía duda, de verdad se parecía a las muñecas bien formadas de su hermana. Tenía el pelo castaño y cortado a la moda, y su minifalda dejaba ver unas piernas largas y bronceadas. Por un momento quiso arrepentirse del plan malévolo y entablar una conversación con esa señorita que despedía aroma de flores. Pero inmediatamente se le atravesó por la mente su mamá: estaría ayudando a Amable a tender las camas, se prepararía unos huevos estrellados para comer, rentaría una película que vería sola en pantuflas, mientras ellos se divertían todos juntos. Mejor se quedó callado.

Parece una mujer frívola —pensaba Ana. ¿A quién se le ocurre pintarse las uñas de color rosa mexicano? Me la imagino marcando los números del teléfono con un lápiz para no estropearse el *manicure*. ¿Cómo es posible que mi papá, siendo tan inteligente, se entusiasme con una mujer tan superficial?.

—¡Papá, me vomité! —gritó Carlos.

—¡No es posible! —se impacientó Rodrigo frenando tan fuerte la camioneta que Natasha estuvo a punto de golpearse con el parabrisas.

—¡Cuidado, mi amor! —gritó ella y los niños se voltearon a ver entre ellos con mirada cómplice.

—¡Ay, mi amor! —dijo Matilde—, ¡por poco nos matas!

—Oye, amorcito, el niño está todo guacareado —dijo Ana.

—¿Te paso los Kleenex, mi amor? —preguntó Rafa.

—A ver, ayúdenme a limpiar en lugar de estar molestando —replicó Rodrigo—. Callito, ¡qué cochino!

—Es que soy un cerdo —dijo Carlos, atacado de la risa.



—Vamos a ayudar todos a nuestro amor que se está empezando a poner nervioso —dijo Matilde con ironía.

Entre todos ayudaron a limpiar el asiento trasero de la camioneta, incluso Natasha se bajó de su asiento y se acomodió a pasarle pañuelos desechables a Rodrigo, gesto que a todos les pareció agradable, pero que ninguno quiso comentar, ya que no estaban para reconocer las virtudes de esa mujer, sino para realzar sus defectos. Cuando terminaron la limpieza, Natasha propuso:

—Que se venga Callito en mis piernas, en el asiento de adelante, para que no se vuelva a marear.

—Sí, Callo, vete adelante con Natasha —ordenó Rodrigo.

Carlos se sintió comodísimo en las piernas de Natasha. Olía a lápiz labial, parecido a como olían unos borradores con aroma que su mamá le había comprado para la escuela.

—¿Quieres una pastillita de menta? —le preguntó ella mientras sacaba de su bolsa una cajita del tamaño de la de los quitapesares, pero elegante, decorada con mosaiquitos de colores, como las paredes de los baños de los hoteles, sólo que en miniatura.

—Sí —dijo Carlos, y tomó del interior una burbuja blanca que se disolvió en su boca quitándole el mal sabor y dejando una sensación como de viento fuerte en la montaña.

Natasha le acarició el pelo y lo abrazó en su regazo. A Carlos se le había olvidado que era un cerdo y empezaba a sentirse como un conejito.

En el restaurante tuvieron oportunidad de poner en práctica su estrategia de causar mala impresión. Matilde empezó: a su vaso de refresco le introdujo bolas de migajón de pan hasta que se hizo un mazacote espeso. Luego vertió el contenido en el plato vacío de su sopa de tal forma que fuera más observable y entonces todos quisieron participar en la receta: Rafael le echó salsa de jitomate, Ana le puso

tres sobrecitos de azúcar, Matilde lo aderezó con un poco de frijoles refritos y Carlos agregó una servilleta de papel que, al mojarse, formó una nata espesa.

—Niños, ya no hagan cochinadas —decía Rodrigo, pero nadie le hacía caso.

Los niños estaban prácticamente trepados en la mesa sobre el lugar de Matilde. Entonces Natasha hizo algo inesperado. Con una cuchara tomó la espuma de su café capuchino, dijo:

—Con permiso —y la depositó justo en el centro del plato de porquería, coronando la obra de arte. No soltó una carcajada como las que los niños habían soltado minutos antes, sólo una risita pícara, y Rafa notó que los ojos le brillaban debajo de sus pestañas muy negras. Los niños se callaron y se miraron entre sí. No les quedaba más que aceptar que Natasha tenía algo de simpática.

El plan en el cine era portarse pésimo, lo cual quería decir subir los pies en el asiento de adelante y aventarle palomitas a la gente. Primero Rodrigo los regañó, pero cuando se dio cuenta de que su novia arrojaba palomitas a los de las filas de enfrente y después se hacía la disimulada, desistió de su propósito de corregir a sus hijos e incluso él, de vez en cuando, se dio la oportunidad de arrojar una que otra y se dio cuenta que era divertido no tomarse siempre las cosas tan en serio.

Al salir del cine, las tres mujeres entraron al baño de damas. Ana estaba desconcertada, aquella mujer que le había parecido vulgar y frívola comenzaba a interesarle. Ahora la veía retocarse el maquillaje y sus uñas color rosa mexicano ya no le parecían tan feas, ahora le parecían modernas, atrevidas, además hacían juego con el color de sus labios y el tono del rubor de sus mejillas.

—¿Quieres pintarte? —le preguntó Natasha a Ana, a quien veía muy atenta a sus movimientos.

—Bueno —dijo Ana, y comenzó a pintarse los labios. Con ese color se parecía un poco a Natasha, aunque no tuviera el pelo claro. Las dos sonrieron en el espejo.

Matilde salió del privado y dijo:

—¿Saben qué hice?

—¿Qué? —le preguntaron Ana y Natasha.

—Una gran mierda con palomitas —contestó Matilde.

Pero Natasha no se escandalizó, es más, preguntó con una sonrisa:

—¿Con chile o sin chile?

Y las tres salieron del baño con la risa atravesada en la garganta.

De regreso a la casa la atmósfera de la camioneta se había transformado. Pusieron un disco de rock en español y resultó que Natasha se sabía todas las rolas igual que los niños. Incluso Rodrigo estuvo cantando, era tan raro oírlo entonar:

—Adoro mis pantalones amarillos, mi oso de peluche y los momentos, nena, en que me miras con tus ojos profundos.

Llegaron a la casa, se despidieron de papá y de Natasha con ganas de volverlos a ver; en realidad la habían pasado bien. A Rafa se le cruzó la imagen de su mamá, seguramente con dolor de cabeza y una mascada amarrada en la frente, encerrada en su cuarto sufriendo el abandono de sus hijos, así que fue el primero en preguntar por ella en cuanto Amable les abrió la puerta.

—¿Y mi mamá? —preguntó.

—Uy, Clarita se fue de juerga —dijo Amable, con su sonrisa abierta y transparente—. Nomás se fueron ustedes y llegó un amigo por ella, el señor ese



que es compañero de la escuela, de cuando eran chiquillos. Vino bien catrín y se la llevó agarrada del brazo.

Los niños se voltearon a ver todos entre sí. Los asuntos de la vida comenzaban a ser impredecibles, divertidos y peligrosos como los juegos de la feria: que nunca sabes qué voltereta te van a dar.

—Vénganse, les tengo preparado un té de hierbas bien calientito con unos tamales de hoja y una salsita bien picante.

Como siempre, con palabras sencillas y espíritu alegre, Amable les hacía sentir que comprendía su confusión de sentimientos y los ayudaba a ver las cosas con naturalidad y alegría.

—Están ricos los tamales —dijo Ana.

—Es que están hechos con puercos juguetones —dijo Amable, y todos rieron gozosos.

Capítulo V

Matilde encuentra su lugar

Matilde encontró su mundo en el Centro de Teatro Infantil. Un domingo por la mañana salió a comprar pastelitos a la tiendita de la esquina, que era de lo que ella se alimentaba porque no le gustaba la comida, sólo el arroz, el hielo y estos pastelitos que le entusiasmaban porque parecían juguetes para la boca: de fresa, vainilla o chocolate, envueltos en bolsa de celofán que hacía ruido al abrirse y tenía el dibujo de un submarino con cara de chiste. Cuando salía de la tienda, un alboroto callejero le llamó la atención: era un desfile de gente disfrazada, algunos venían montados en zancos, otros llevaban una enorme cabeza de cartón, otros portaban cacerolas, sartenes y cucharas con las que hacían un ruido escandaloso. Una mujer gorda y pelirroja, con las trenzas paradas, llevaba un altavoz por el que gritaba:

—¡Vengan, vengan todos a ver la función de teatro! ¡El Centro de Teatro Infantil los invita a presenciar la obra “El traje nuevo del emperador”! ¡No se la pierdan! ¡Vengan los niños, los papás, los abuelitos; la función está por comenzar!

Sin pensarlo dos veces, Matilde se unió a la caravana. Hechizada por los colores, las formas, el ruido y la alegría, desfiló por varias calles de la colonia entre payasos y mimos, mientras otros niños como ella y algunas familias se

seguían uniendo a la gran comitiva. Llegaron a la puerta de una casona vieja que tenía en la entrada un letrero en donde podía apreciarse el dibujo de dos máscaras, una con el gesto de reír, otra con el gesto de llorar. La de reír se parecía a la propia Matilde: una línea delgada con los extremos hacia arriba era la sonrisa; dos rayitas pequeñas los simpáticos ojos. La de llorar se parecía a su mamá. Entraron a un enorme patio que tenía al fondo un escenario. Se sentaron en el suelo y empezó la función.

Para sorpresa de Matilde, los actores eran niños. Niños como ella, más chicos y más grandes, representaban a los personajes, decían con fuerza sus parlamentos, hacían payasadas ahí arriba para que todos los vieran, hacían piruetas fabulosas vestidos de arlequín. Matilde comía despacio uno de sus pastelitos mientras veía extasiada ese mundo de gracias y fantasía al que comenzó a sentir que pertenecía. No le importaba el suelo de cemento frío y duro ni las cabezas de los de adelante que a veces le tapaban, con encontrar un huequito para seguir viendo, ella era feliz. No supo cuánto tiempo pasó, pero en realidad el tiempo no era algo que a ella le preocupara. Cuando acabó la obra de teatro se fue brincando y cantando hasta su casa y se encontró a Clara, su mamá, con los nervios crispados.

—Pero, ¿dónde andabas, Matilde? Me tenías preocupadísima. Tu hermano Rafael te fue a buscar por toda la colonia —y rompió a llorar desconsoladamente. Matilde se acordó de la máscara con cara de tragedia. Le acercó a su mamá el último pastelito que quedaba en la bolsa de celofán.

—No, gracias, Matilde, no tengo hambre. ¿Por qué me haces esto?

—Me quedé viendo el teatro, mamá, yo quiero ser actriz.

Amable, sin decir palabra, entró a su cuarto. De uno de sus frasquitos tomó un puño de nubes blancas y preparó una infusión.

—Toma, Clara, para que se te quite la muina —dijo.

Clara tomó a sorbitos la bebida y se fue calmando. La niebla de Manantul se iba metiendo por su garganta, llegaba hasta su estómago, se diluía en sus brazos y en sus piernas, le llegaba a la cabeza como una brisa tibia. Se le pasó el susto y el enojo.

—Matilde, ¿de veras te gusta el teatro? —preguntó la mamá.

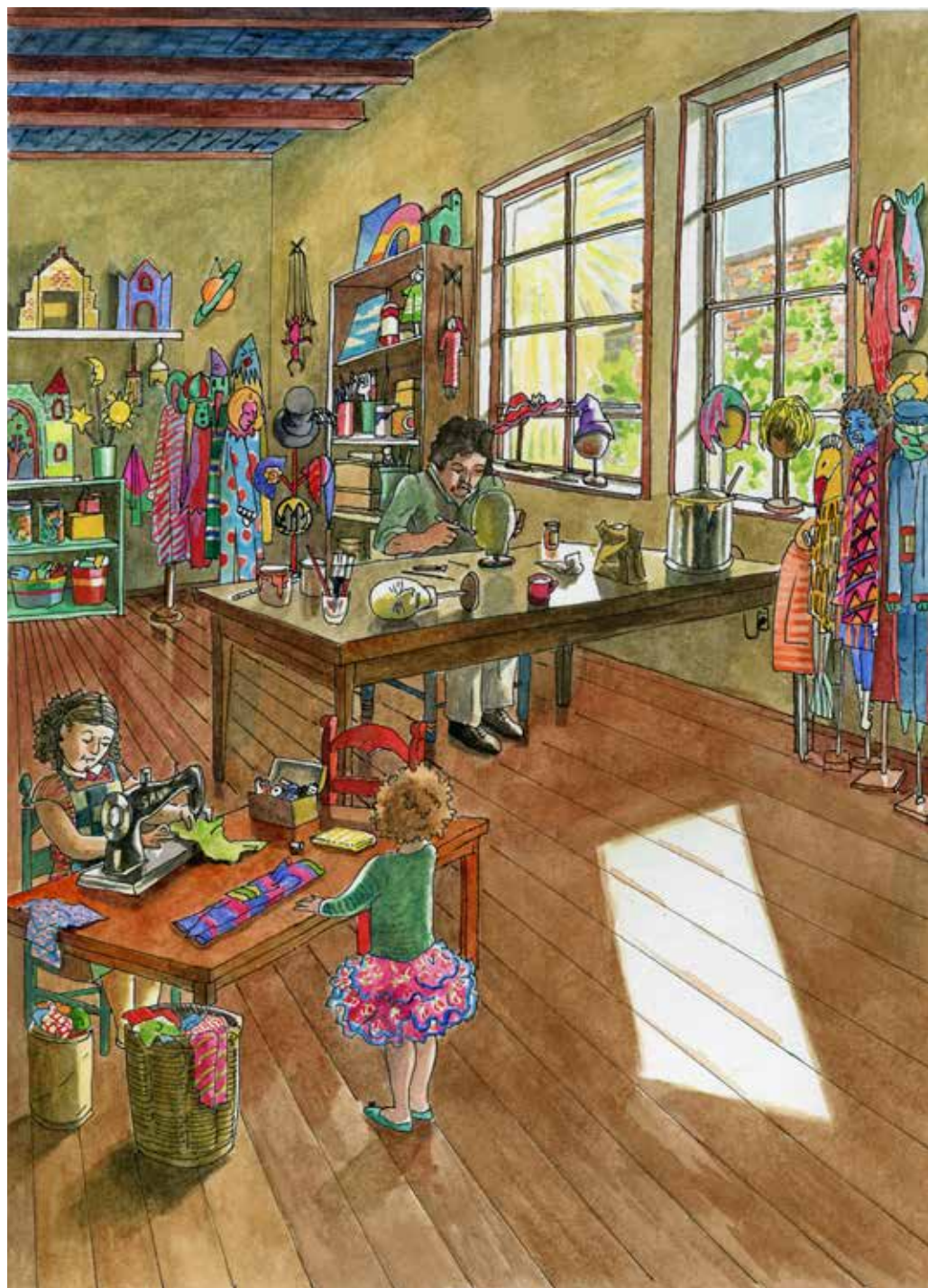
La cara de la niña se iluminó con una sonrisa delgadita. Desde ese día y durante todas las vacaciones de verano, Matilde tuvo permiso para asistir a los talleres de cuento, títeres, teatro y pintura en el Centro de Teatro Infantil. Su maestra de teatro les enseñaba juegos divertidos a los niños para que perdieran el miedo, para que movieran su cuerpo de maneras raras, para que la voz les saliera no desde la garganta sino desde el estómago con más fuerza.

A Matilde le gustaba la casa donde todo esto sucedía. Era vieja y un poco descuidada, como las de las películas de monstruos, pero a ella no le daba miedo. Con su amiga María Rosa le gustaba explorar los largos pasillos oscuros, las enormes habitaciones de techos altos y ventanas de madera. La casa era fría y olía a humedad, pero siempre estaba llena de sorpresas. En una habitación había un tubo largo del que colgaban disfraces empolvados. Frente a un gran espejo se los podían probar ella y su amiga. Había también cajas con pelucas, bigotes, narices y lentes de plástico. En otra habitación había una mesa grande con un mantel de fieltro verde y tres micrófonos por los que podían hablar

como si fueran personas importantes, o cantar sus canciones preferidas. En otro cuarto estaban las pinturas. Bastidores grandes y chiquitos con lienzos manchados se apilaban contra la pared; dos enormes tablas de madera salpicadas de todos los colores soportaban botes de pintura, latas repletas de pinceles y brochas, lápices y pedazos de papel de diversos tamaños. Matilde y María Rosa hacían dibujos y caricaturas, libritos de cuentos en hojas engrapadas.

En otra de las habitaciones había un piano, desafinado y viejo, pero a Matilde le gustaba tocar en él “Los changuitos”, que era la única melodía que se sabía. Cuando se acababan los talleres, y antes de que pasaran por ellas sus mamás que llegaban siempre tarde porque trabajaban, Matilde y María Rosa recorrían los rincones de la gran casona y hacían pequeñas travesuras que nadie notaba. Sus pasitos rápidos o sigilosos hacían crujir las duelas de madera de los pisos, y sus risas se repetían en eco en las altas paredes. A nadie molestaban, a nadie perturbaban, tal vez sólo a las arañas patonas que de pronto encontraban en las esquinas y que metían en frascos para luego soltarlas en el patio. Todo se valía en esa casa de baños enormes con tinas antiguas y lavabos altos de los que salía un agua café, oxidada, con la que no daban ganas de lavarse las manos.

Lo que más le gustaba a Matilde de la casa del Centro de Teatro Infantil era el taller de don Pepe, el titiritero. En su taller fabricaba los muñecos con los que, los fines de semana, presentaba sus funciones. Había todo tipo de personajes: brujas, burros, sacerdotes, duendes, campesinos, reyes, vacas, marineros, policías. Don Pepe creaba las cabezas en cera y con ellas hacía unos moldes de yeso en donde quedaba el hueco con la forma de la cabeza y los rasgos de la cara; luego en esos moldes vaciaba un material como de pasta y salían las cabezas duras de los títeres; las pintaba, les ponía



pelo, y Doña Cuca, su esposa, les cosía los vestuarios en diferentes telas: algodón, terciopelo, peluche, fieltro. Lo hacían todo con amor y delicadeza; cada muñeco era una obra de arte. También construían las escenografías: casas, rejas, castillos, huertas, barcos, todo de cartón. A Matilde le sorprendía cómo esas criaturas, que dormían en sus moldes o descansaban estáticos en sus perchas de palo, cobraban vida el día de la función. Las luces y la música ayudaban a crear esa atmósfera de magia con la que el público se quedaba asombrado.

En la casona vieja también vivían Vicente y Mary con su hijo Pepín. Él era el velador y el mozo del lugar. Mary hacía la limpieza. Dormían en un cuarto pequeño en el sótano de la casa. Matilde no entendía por qué teniendo tantos cuartos grandes con ventanas, ellos tenían que estar ahí, en la parte más oscura, pero eso hacía que tuvieran siempre la luz prendida que le daba calidez a la pequeña vivienda. Junto a las camas tenían una estufa y una mesa con cuatro sillas. A Matilde le parecía un lugar alegre, le gustaba el mantel de plástico con flores estampadas, los trastes de peltre azul con puntitos negros, las cucharas de colores. Una pequeña tele estaba siempre prendida. Algunas veces, cuando no iba a recogerla su mamá sino Amable, se quedaban un buen rato platicando con ese matrimonio con el que Amable se sentía como en familia. Y mejor todavía si las invitaban a cenar. Las tortillas doradas en la lumbre, los frijoles cocidos en una olla de barro, la salsa picante recién hecha, hacían un milagro con el apetito



de Matilde: ella, que sólo comía arroz, hielo y pastelitos, en esa casa devoraba los tacos de frijoles con su quesito encima. Así debían comer en Manantul porque Amable volteaba las tortillas y doraba los chiles con confianza, como si sus manos fueran de barro y no les pasara nada con el fuego.

Cuando regresaban a casa, Matilde se bañaba en la tina imaginando que navegaba en un barco por un río que la internaba en la selva y que por él llegaba al pueblito de polvo donde Amable había sido niña alguna vez, como ella. ¿A qué jugarían los niños en aquel lugar? ¿Conocerían el teatro y los títeres? Matilde soñaba con ser una titiritera ambulante y llevar su teatrillo hasta esos recónditos lugares. Viajaría con maletas repletas de muñecos e invitaría a los niños a disfrutar de sus funciones. Las familias le pagarían con tacos de frijoles y ella dormiría feliz envuelta en un zarape. En esas fantasías estaba cuando entró Amable al baño con una toalla gigante para envolverla.

—Ya sálgase, mi niña, ya tiene las manos de viejita.

Efectivamente, de tanto tiempo que duraba en el agua, la piel de los dedos se le ponía arrugada. Matilde se imaginaba que cada dedo era la cara de una ancianita y, antes de acostarse, les pintaba ojos y boca para que la acompañaran en sus sueños.

Capítulo VI

Viaje en perico a Manantul

Los golpes a la puerta de la casa eran desesperados. Ana pudo escucharlos a pesar de tener puestos los audífonos con música a un volumen alto.

—¡Abran, por favor, Rafael se lastimó la pierna! —gritaban desde el pasillo.

Ana corrió a abrir. Dos amigos de Rafael lo traían cargado con el tobillo sangrante.

—Acuéstenlo en su cama, ahorita le hablo a mi mamá.

Ana llamó al teléfono celular de Clara y ésta le dijo que le pusiera la pierna en alto a su hermano para que se le parara la hemorragia mientras ella llegaba.

Tato, Chucho y Rafa le contaron a Ana que estaban brincando en una tabla con la patineta y que Rafa había saltado con fuerza y caído sobre el filo de una alcantarilla; la tapa de la alcantarilla de metal salió volando y cayó con todo su peso sobre el tobillo del muchacho, abriéndole una herida profunda.

Clara llegó agitada, pero su profesión de enfermera daba seguridad a sus acciones. Le aplicó un torniquete a su hijo y le advirtió:

—Te tengo que lavar la herida con jabón; te va a doler, pero es necesario.

Rafael mordió la almohada con tal de no gritar. El jabón le ardía y las talladas con el cepillo le dolían, pero ya estaba acostumbrado a que le pasaran esas cosas y había desarrollado el sentido de valentía de los héroes del deporte.

Esa noche la mamá tenía que hacer guardia en el hospital, así que le pidió a Amable que se quedara al cuidado de Rafa por si se sentía mal o se le ofrecía algo. Callo se fue a dormir con su hermana Ana para que Rafael pudiera descansar. Amable vio que Callo, antes de irse, sacaba la cajita con los quitapesares de debajo de su almohada para llevársela al otro cuarto y le dio gusto, seguro ya le habían ayudado a que se le quitara el miedo.

Rafa le pidió a Amable que le contara algo sobre Manantul. Tenía calentura y le dolía la cabeza, y no estaba de humor para leer un libro ni para ver la tele. Amable le contó la historia de Pancho el guajolote, un pavo al que había cuidado durante varios meses hasta que empezó a hablar.

—¿A hablar, Amable?

—Sí, estaba yo un día tendiendo la ropa en el corral y escuché que decía: "Quiero papas con carne".

—¿Papas con carne? No inventes, Amable —Rafael se moría de risa—, los guajolotes no comen papas con carne.

—Él sí, de veras —dijo Amable—. Lo peor fue que fui a pelarle unas papas y se las guisé con carne, y se las puse en un plato y no se las comió. Yo seguí colgando la ropa y que oigo: "Quiero papas, pero de las de bolsita".

—No digas tonterías, Amable, ¿cómo que de las de bolsita? —Rafael se destornillaba de la risa.

—Sí, le tuve que ir a mercar sus papitas a la tienda, le abrí la bolsa y se la dejé ahí en el piso para que picara, pero el muy mandón chillaba: "Con carne, con carne". Le tuve que picar carnita adentro de la bolsa pa' que se callara.



Rafael creía que Amable estaba bromeando para que él se distrajera; de hecho había logrado que se le olvidara un rato el dolor de la pierna, pero la muchacha contaba la historia tan en serio que llegó a pensar que ella de veras la creía. Ya la había visto alguna vez, mientras regaba el jardín, platicar con los pajaritos: les cantaba, los regañaba y las aves no se asustaban con su presencia, más bien parecían dialogar con ella.

—Y luego, Amable, ¿qué pasó con Pancho el guajolote? —preguntó Rafael.

—Me encariñé con él, pero lo tuve que ir a esconder a una cueva, muy lejos de mi casa porque mis tíos lo querían cocinar para la fiesta del pueblo.

—Y... ¿qué te dijo el pavo, Amable? —preguntó Rafa.

—Me dijo que me iba a esperar a que yo regresara para casarse conmigo —respondió la muchacha.

—¿Te vas a casar con un guajolote, Amable?

—Sí, mi niño, me voy a casar con un guajolote que en realidad es un guerrero, pero está hechizado.

El muchacho se fue quedando dormido; las medicinas que le había dado su mamá comenzaban a hacer efecto. Pero en la madrugada despertó sobresaltado porque escuchó por la ventana un ruido peculiar. Con dificultad se levantó de la cama porque todavía le dolía la pierna y descorrió la cortina sin prender la luz. Amable se incorporó en el sillón.

—Mi niño, ¿se te ofrece algo? —preguntó la muchacha.

—Mira, Amable, hay una parvada de pájaros en el árbol del jardín, y nos están viendo.

—Son mis amigos, los pericos. Ya vienen por nosotros.

—¿Por nosotros, Amable? ¿A dónde vamos?

—A Manantul, mi niño, vamos a que te cure don Miguel —respondió Amable.

—¿Don Miguel? ¿Quién es don Miguel? —preguntó Rafa un poco asustado, pero con ganas de vivir una aventura.

—Es un curandero de mi pueblo. Tómate esta agüita.

Amable sacó un frasquito de la bolsa de su vestido y lo ofreció a Rafa, quien le dio un trago. Después, ella también bebió del líquido transparente.

En menos de un minuto, Rafa y Amable se habían vuelto chiquitos y caminaban por la cornisa de la ventana hasta alcanzar la enorme cerradura. Con mucho esfuerzo pudieron darle vuelta para que la ventana se zafara, pero ésta se abrió de golpe y Rafael quedó colgando de la gran cerradura con las piernas en el vacío. Amable le chifló a uno de los pericos y éste vino volando hasta el lugar donde se balanceaba el joven.

—Croic, croica la croicaturra —graznó el perico.

—Dice que te sueltes y te subas en su lomo —le tradujo Amable.

Rafael soltó la cerradura y cayó sobre el plumaje del perico. Se abrazó de su cuello y éste comenzó a volar. Otro perico fue en busca de Amable, quien también brincó desde la ventana para volar en él.

—¡Esto es lo máximo —gritaba Rafael—, nunca había viajado en perico!

Él, que soñaba con ser aviador, al ver el mundo desde el cielo, estaba feliz. El plumaje del perico era suave y acolchado, como si viajara en una cama con sábanas de seda. El viento del verano le rozaba la cara y las luces de la ciudad parecían estrellas allá abajo.

Así volaron durante varias horas. Dejaron de ver las luces de la ciudad para sobrevolar para-
jes de campo y de montaña. La Luna llena ilumi-



naba el cielo y Rafael podía distinguir los ríos y los árboles, de pronto otra ciudad, luego más campo, otras montañas hasta que allá, a lo lejos, pudo ver el mar. En una montaña alta junto al mar estaba Manantul. Desde lo alto parecía un nacimiento como el que ponía su mamá bajo el árbol de Navidad. Casitas de piedra y paja, caminitos de tierra rodeados por árboles gigantes. Una neblina suave cubría el pueblo, como un vaporcito que hacía parecer todo como adentro de un sueño.

Conforme bajaban a la tierra, Rafael y Amable recuperaban poco a poco su tamaño, y cuando llegaron al suelo el perico en el que volaba el muchacho se le paró en el hombro.

—Croic que llegamos —graznó.

Amable lo guio por un camino sinuoso de tierra blanca. En la madrugada el pueblito parecía una fotografía en blanco y negro, sólo se distinguían las siluetas de las casas, las enormes ramas de los árboles mecidas por un ligero vientecillo. Llegaron hasta una casa construida con adobe y techo de palma. Tocaron a la puerta de lámina. Don Miguel les abrió. Llevaba en la mano un candil de petróleo que hacía que las sombras crecieran sobre el piso y las paredes. Era un viejo pequeño y encorvado que al sonreír mostraba los tres dientes que le quedaban. Rafael se acordó que le dolía la pierna. Amable le pidió a don Miguel que le curara la herida al muchacho.

—Pásenle, pásenle, aquí tenemos el remedio —contestó don Miguel.

En el patio de atrás ya cantaban los gallos. Adentro, en la casita, se respiraba un aroma a ajos y cebollas. Don Miguel le pidió a Rafael que se acostara en la cama cubierta por un zarape, y en una estufa de leña puso a calentar un pocillo con agua. La alacena de madera estaba llena de frascos con hierbas de todo tipo. Rafael distinguió un frasco grande con

las mismas nubes que Amable guardaba en un frasquito entre sus pertenencias. Don Miguel puso a hervir unas hierbas largas y duras, luego agregó a la poción un poco de nubes y de una caja de cartón sacó unas semillas grandes y lisas, y también las vertió en la olla. Cuando la mezcla hirvió lo suficiente, don Miguel metió un trapo en el líquido y dejó que se impregnara bien, lo dobló y se acercó a Rafael.

—Está caliente, pero tienes que aguantar.

Rafael sintió que el trapo le quemaba la pierna, pero Amable le tomó la cabeza entre sus manos y él sintió que esa suavidad se le transmitía a todo el cuerpo. Rafa pensó que le gustaría casarse con Amable. Sí, retaría a duelo a Pancho el guajolote y lo cocinaría en mole negro el día de su boda a la que iría todo el pueblo. Después, él y Amable se subirían a un perico y viajarían por todo el mundo. Don Miguel le ofreció lo que le quedaba de la infusión que había calentado en la estufa. Rafael se la tomó a sorbitos y se fue quedando dormido.

Cuando Clara llegó de su guardia en el hospital eran las seis de la mañana. Entró directamente al cuarto de Rafael para ver cómo estaba.

Notó que su hijo y Amable dormían plácidamente. Le sorprendió que la ventana estuviera abierta, ya que recordaba haberla cerrado. La almohada de Rafael estaba empapada, como si hubiera tenido mucha fiebre, pero la herida de la pierna había sanado milagrosamente, se había desinflamado y la herida había cerrado dejando una fina cicatriz. Rafael sintió su cercanía y despertó un poco amodorrado.

—Mijito —le dijo Clara en voz baja—, ¿te preparo algo de desayunar? Ayer no comiste en todo el día.

—Papas con carne —contestó el joven.

Capítulo VII

Ana y el caracol

Ana a veces tenía ganas de morir. Bueno, en realidad le daba mucho miedo morirse porque ella creía que no había nada después de la muerte, pero a veces se sentía tan triste que no le encontraba sentido a lo que hacía, y entonces, en esos momentos, quería meterse en un hoyo profundo en la tierra y no saber de ella misma, ni de su familia, ni de su escuela, ni de nada; algo así como morirse por un rato, pero sin morirse de a de veras. Su amiga Isabel era católica, iba a misa todos los domingos y estaba convencida de que, al morir, la esperaba el cielo, que debía ser algo muy parecido a la casa en la que vivía y a la vida que llevaba: un lugar confortable y sin problemas.

Ana se sentía gorda y fea. No era gorda ni fea, sólo estaba un poquito pasada de peso, algo normal, pero los pantalones y las blusas que estaban de moda eran diseñados para flaquitas y nada de eso le quedaba. Ana tenía unos ojos muy bonitos y una sonrisa blanca y parejita, pero ella sólo ponía atención en que, de vez en cuando, le salía una espinilla.

En el grupo de la escuela de Ana había un muchacho que se llamaba Sergio. Tenía el pelo largo y los ojos verdes. Ana estaba enamorada de Sergio, pero no se lo decía a nadie porque pensaba que Sergio era demasiado guapo para

ella y que nunca podría ser su novia. Pero Sergio también estaba enamorado de Ana, sólo que no se lo demostraba porque admiraba a Ana, le parecía la niña más inteligente del salón y él se sentía un bobo a su lado.

Era el cumpleaños de Isabel. Ese día llegó a la escuela con las invitaciones a su fiesta; eran color rosa y tenían dibujada una muñequita rubia con un sombrero de paja lleno de flores. A Ana le pareció ridícula, pero le daba gusto que su amiga estuviera contenta, además, era muy generoso de su parte invitar a todo el grupo. Le emocionaba ver a Sergio fuera de la escuela. Cuando sonó el timbre que indicaba el final de clases, Sergio se acercó a Ana y le preguntó:

—¿Vas a ir a la fiesta de Isabel?

—Sí —contestó Ana, emocionada de que Sergio le dirigiera la palabra—, ¿y tú?

—Yo también —contestó Sergio—, allá nos vemos.

Cuando Ana llegó a su casa, no quiso comer. Amable se dio cuenta y le preguntó:

—¿Por qué no quiere comer mi niña?, ¿es por un hombre?

—¿Cómo sabes, Amable?

—Porque tienes ojitos de almendra prieta.

Todo lo que decía Amable era muy raro, pero lo que era claro es que conocía el alma y la naturaleza.

Ana le platicó a Amable de Sergio y de la fiesta.

—Ven —le dijo Amable—, te voy a dar uno de mis secretos.

Entraron al cuarto de la muchacha. La veladora encendida dibujaba sombras en la pared. Olía a hierbas y a loción de flores. Amable había comprado algunos productos que usan las muchachas de la ciudad: barniz de uñas, removeedor de esmalte, desodorante, champú y enjuague para el pelo. A Ana le gustaba más que Amable conservara sus costumbres tradicionales de vestirse y arreglarse, pero enten-



día que a la joven se le antojaran los artículos que veía anunciados en la tele. De cualquier modo, Amable conservaba su mueblecito sagrado donde había colocado los secretos de Manantul, y eso era muy bueno. De entre sus objetos mágicos, Amable tomó en sus manos un caracol; tenía más o menos el tamaño de un puño cerrado; estaba formado por cinco vueltas en espiral y cubierto por fuera con un material rugoso, como de piedra blanca; su interior era liso y brillante, de un color intermedio entre el rosa y el anaranjado. Amable se llevó el caracol al oído y cerró los ojos.

—Se oye el mar que baña la orillita de mi pueblo. Toma —dijo Amable, pasándole a Ana el caracol.

Ana se puso el hueco del caracol en el oído y escuchó el mar. Era un sonido profundo y apacible, el sonido de la naturaleza, el sonido de la vida. ¿Cómo era posible, se preguntaba Ana, que en un ser tan pequeño se encontrara la inmensidad? Todos sus cuestionamientos sobre la vida y la muerte se respondían ahí, en el sonido de ese caracol. Qué importaba si no había un cielo o un infierno, esos eran inventos del hombre, lo que importaba era que todos formamos parte del universo, ese todo maravilloso que se expresa en las plantas y en los animales, en la luz y en las sombras, en el sonido rítmico de las olas que en ese mismo instante bañaban los litorales de los continentes. Ana se sentía parte del mundo con tan sólo llevarse el caracol al oído.

—Te lo regalo —le dijo Amable— para que estés contenta y se te quiten los nervios. Además, te tengo otro regalo.



La muchacha tomó una cajita de su colección de objetos. Estaba formada por tiras de madera de diferentes tonalidades perfectamente ensambladas entre sí. Algo se movía al interior de la caja; se oían unos golpecitos de algo que pegaba en la tapa como queriendo salir. Amable abrió la caja. Del interior emanaba un aroma a madera fresca y perfumada. Tomó unos frijolitos rojos, lisos y brillantes, y los puso sobre el buró. Los frijoles saltaban, se movían, daban maromas. Ana estaba impresionada.

—¡Son frijoles vivos, Amable! —gritaba muerta de risa.

—Frijoles saltarines para acercar a los muchachos.

—Ay, Amable, eres maravillosa, ¿de dónde los sacaste?

—Pos de dónde crees, mi niña, me los traje de Manantul. Son para ti, pa' que tengas alegría.

—Ven, Amable, yo también quiero regalarte algo.

Ana se llevó sus dos objetos valiosos, el caracol y la cajita con los frijoles saltarines, y condujo a Amable a su cuarto. Del clóset sacó una bolsa que tenía el logotipo de una marca deportiva; adentro había una caja; y adentro de la caja, unos tenis. Eran rojos con líneas blancas, parecían de fuego.

—A ver, Amable, pruébate mis tenis. Me los compró mi papá este fin de semana que salimos a pasear con él. Están nuevечitos, ni siquiera los he estrenado.

Amable se probó los tenis y le quedaron muy bien. Calzaban del mismo número, aunque Amable fuera varios años más grande que Ana.

—Están muy bonitos, mi niña, ¿de veras me los das?

—Claro que sí, Amable, te ves muy deportiva.

Los ojos de Amable brillaban, le daba mucha risa y mucho gusto tener esos zapatos acolchonaditos y modernos. Amable salió del cuarto y Ana guardó sus nuevos tesoros en la bolsa de mano que se llevaría a la fiesta.

La casa de Isabel estaba adornada con globos de color rosa y blanco. La puerta estaba entreabierta. Ana entró a la sala y vio a sus compañeros distribuidos alrededor de la mesa del comedor, cubierta por un mantel de cuadritos rosas y blancos. Qué diferentes se veían todos con ropa y peinados de fiesta. En la mesa se mostraban los deliciosos manjares que había preparado la mamá de Isabel para la ocasión: sándwiches de jamón y queso en miniatura; en una esquina había gelatinas de colores y adentro de cada una se adivinaba un juguetito de plástico, esa sorpresa que se limpiaría con la lengua después de la última cucharada; una ensalada de papas, chícharos y zanahorias con mayonesa formaba una linda montaña sobre un platón de cristal; cuernitos de pan la circundaban. Al centro estaba el pastel, las cortezas de moka parecían rizos sobre la superficie blanca en la que se asentaba una muñequita de dulce vestida de princesa y dos velas que formaban el número 14. Isabel y Ana se abrazaron e Isabel invitó a Ana a integrarse al grupo de invitados. Ahí estaban todos, parados junto a la mesa, sin saber muy bien qué hacer. Toño empezó a contar chistes; Lupita ofreció servir los refrescos de colores que estaban en otra mesa; Pati, Soco y Feliza se secreteaban en un rincón; Paco y Salvador, que eran los más grandes del salón, se salieron al jardín a fumar un cigarro.

Sonó el timbre y entró Sergio a la casa. Era el único que no iba vestido de manera elegante. Traía puesta una camiseta larga, sus pantalones de mezclilla rotos, sus tenis maltratados. A Ana le dio un vuelco el corazón y le empezó a latir más rápido que nunca. Sergio la saludó con un beso en el cachete y ella sintió que mil sirenas de barco sonaban en un puerto tibio. Acarició el caracol que llevaba en la bolsa de tela que colgaba de su hombro. Poco a poco todos se fueron relajando. Isabel puso música y casi todos se pusieron a bailar en círculo en la terraza que daba al jardín. Casi

todos, porque Ana no; a Ana le daba pena bailar, sentía que no tenía gracia para eso. Se salió al jardín y se sentó en una piedra que hacía las veces de asiento junto a un arreglo de plantas y de flores. Sacó su caracol y se puso a escuchar el mar. Sergio se acercó, se le veía nervioso, pero se atrevió a preguntarle a Ana si se podía sentar junto a ella.

—¿Quieres oír el mar? —le preguntó Ana.

Ana se atrevió a acercar el caracol al oído de Sergio. Sergio se atrevió a tomar la mano de Ana entre las suyas. Ana casi se muere, pero se atrevió a acercarse un poquito más a Sergio. Sergio tartamudeaba, pero se atrevió a decirle a Ana:

—Ana, tú me gustas.

Ana temblaba, pero se atrevió a darle un beso en la mejilla a Sergio. Sergio volvió a llevarse el caracol al oído y cerró los ojos.

Ana sacó de su bolsa la cajita de madera con los frijoles saltarines. Se oían ruiditos adentro.

—¿Qué es eso? —preguntó Sergio.

—Son duendes —le respondió Ana—, te los regalo, pero no abras la caja hasta que estés solo en tu cuarto.

Sergio dijo:

—Me gustas porque eres diferente.





Capítulo VIII

La bruja blanca

Desde que Amable había llegado a casa, Clara había podido recuperar lo que tanto le gustaba: su trabajo de enfermera. Le encantaba levantarse a las cinco de la mañana, cuando casi todo el mundo estaba dormido. El frío de la madrugada le golpeaba la cara cuando salía a la calle y ella sentía que estaba viva, como hacía muchos años no se sentía. Se subía a su pequeño automóvil y encendía la marcha. Los foquitos del tablero la hacían sentir que era un piloto a punto de hacer despegar un avión en medio de la oscuridad. A esa hora no había tráfico y el coche avanzaba con libertad por calles y avenidas. Libertad, sí, esa era la sensación que la llenaba todas las mañanas.

El hospital era su territorio favorito. Desde que entraba por las enormes puertas de cristal se sentía en su segunda casa. El olor a desinfectante de los pasillos, la luz blanca y fría, el eco de sus pasos al interior del edificio, le devolvían ese sentido de eficiencia que la hacía sentirse una persona útil en la vida. Algunas veces recordaba con qué miedo había aprendido a inyectar a sus compañeras en la universidad, cómo la impresionaba al principio la sangre, y cómo había ido poco a poco dominando los instrumentos propios de su oficio: jeringas, catéteres, termómetros, sondas, instru-

mentos de medición, instrumentos quirúrgicos. Ahora los manejaba como un hada maneja su varita mágica. Eso era ahora Clara: un hada que hacía el bien a los demás. Cuando era niña le disgustaban las hadas porque eran buenas pero bobas; le parecían más interesantes las brujas, pero cuando en su adolescencia había leído el libro aquél: *La bruja blanca*, cuyo personaje principal era la doctora que curaba enfermos en las aldeas africanas, había comprendido que las brujas y las hadas eran personajes muy similares; las dos tenían poderes para transformar las cosas, la diferencia estaba en cómo los utilizaban.

A Clara le gustaba tratar a los pacientes del hospital: niños y viejos, señoras y hombres maduros, todos se convertían en niños cuando se sentían enfermos. Ella los confortaba; tenía la habilidad y los conocimientos para quitarles el dolor y devolverles la tranquilidad. Ser mamá de cuatro hijos le había dado la sabiduría maternal que no tenía en su juventud y que ahora aplicaba con sus pacientes. Le gustaba ser mamá, pero no le había gustado ser mamá de tiempo completo y esposa de tiempo completo porque había dejado de ver a sus amigos de la juventud y se sentía muy sola. Ahora en cambio, en el hospital, tenía muchos amigos. Doctores, doctoras, enfermeras y enfermeros formaban una comunidad en la que se mezclaba la amistad con la responsabilidad. Pero no sólo en el hospital se sentía bien Clara. Ahora se sentía como cuando era más joven. Todavía no era vieja, tenía 40 años, pero cuando tenía 30 parecía más vieja que ahora. No entendía por qué con el matrimonio se había olvidado de tantas cosas que a ella le gustaban; había dejado de escuchar sus discos de salsa y de cumbia. Un día, ahora que estaba separada de su esposo, los había vuelto a sacar del baúl en el que los había guardado. No sabía por qué, pero con el matrimonio también se le ha-

bía olvidado que le gustaban los colores rojo, anaranjado y amarillo. Ahora se vestía con esos colores cuando no iba al hospital; dejaba de ser la bruja blanca para convertirse en la bruja roja, anaranjada o amarilla. También había recuperado su gusto por los peces; tenía en su cuarto una pecera y a todos sus peces les había puesto nombres de medicamentos: Pepto-Bismol era gordo y rozado, Ampicilina era una peccecita plateada con aletas largas y sedosas, Metamucil era un pez dorado y alargado, y los Mejoralitos eran unos chiquititos que brillaban en la oscuridad.

En un congreso de medicina se había encontrado a un antiguo novio del que había estado enamorada. Ahora, de vez en cuando, Roberto la invitaba a salir. Iban a algún restaurante, al cine o a algún concierto. Clara se la pasaba bien pero no quería volver a casarse porque estaba disfrutando de esa libertad que había perdido durante algunos años. Ahora gozaba los ratos que estaba con sus hijos cuando llegaba a la casa después de un día de trabajo en el hospital; entonces se ponía a platicar con Ana, a ver algún programa de televisión con Rafa, a dibujar un rato con Matilde o a contarle algún cuento a Callo. Y en esos ratos, Amable podía hacer sus propias cosas o, simplemente, descansar. Algunas veces, Clara salía a tomar un café con sus amigas del hospital o se quedaba en su casa a leer una novela policiaca o a preparar un pastel. Sus hijos la veían ahora más contenta y les daba gusto oírla tararear canciones cuando se metía a bañar. A ellos les daba orgullo que su mamá fuera enfermera, con ella las inyecciones no dolían y ella sabía qué darles para que se les quitara el dolor de cabeza, el malestar de panza, la gripa o cualquier otro mal. Para ellos, Clara era una verdadera bruja, una hechicera, un hada buena que conocía todos los misterios de la medicina y que podría salvarlos de cualquier enfermedad. Callo había soñado una noche que

su mamá volaba por los cielos montada sobre una enorme jeringa como si fuera su escoba voladora; desde las alturas arrojaba cápsulas de colores que se disolvían en el aire dejando caer un polvito fosforescente sobre las casas de la ciudad haciendo que todos los enfermos que vivían en ellas se curaran, se levantaran de sus camas y salieran a bailar en pijama por las banquetas.

Capítulo IX

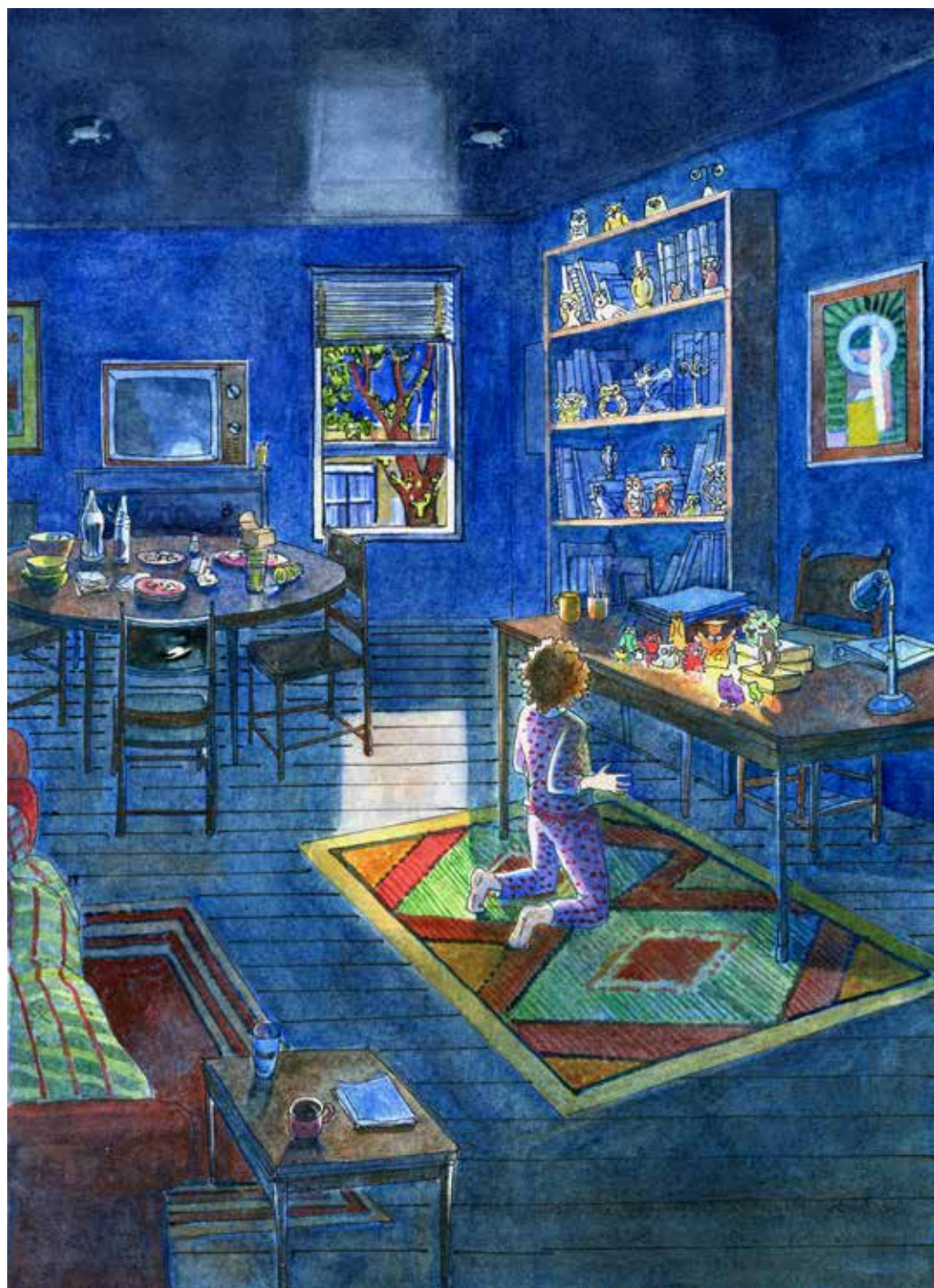
El congreso de los búhos

Para Ana, Rafa, Matilde y Callo la salida con el papá el fin de semana era una aventura divertida. Rodrigo pasaba por ellos el viernes en la noche. Iban al supermercado a comprar todo tipo de delicias: jamón, chorizo, quesos, yogures y jugos. A la salida del súper los esperaba la obligada visita a la panadería: ahí compraban conchas, cuernos, banderillas y bolillos para hacerse unas ricas tortas con las carnes frías. Junto a la panadería estaban los helados, así es que hacían siempre una parada estratégica para salir con sus conos bien servidos de nieve de limón, de mamey, de pistache, de cajeta o de chocolate. Parecían cinco niños en vacaciones.

El "estudio" o departamento de Rodrigo era pequeño: sólo dos cuartos; en uno de ellos había un escritorio siempre lleno de papeles a medio escribir y los libreros, una salita con una pequeña mesa de centro y, enfrente, la televisión. Ahí en la mesa extendían las viandas en platos y vasos desechables como si fuera un picnic, y se disponían a ver los programas de televisión comiendo y charlando. En los libreros estaban los búhos que conformaban la colección de Rodrigo; parecían guardias custodiando el conocimiento depositado en los libros. Había búhos de todo tipo: de cerámica, de hierro, de pelo de foca, de peluche, de fieltro,

de hojas de maíz, hasta de chocolate. Unos eran tan pequeños como un cacahuete, otros medianos y más grandes. Algunos búhos estaban situados en el librero de acuerdo a los libros que custodiaban; por ejemplo, ahí donde estaban los libros de los filósofos griegos, como Platón y Aristóteles, había un búho griego: era una pequeña figura forjada en bronce, parada de perfil sobre un pedazo de tronco e inclinando la cabeza con sus grandes ojos hacia el frente, era el mismo búho que Ana había visto acompañando a Atenea, la diosa griega de la sabiduría, en las ilustraciones de su libro de historia y mitología griegas. Junto a los libros de historia de la Antigüedad estaban un búho egipcio y otro búho de porcelana china. Ahí donde descansaban los libros de historia de México había un búho prehispánico: una pieza de barro que había sufrido ya algunas quebraduras y había sido reparado con pegamento. Donde se encontraban los libros de arte estaban tres búhos: uno que era una masa de barro apachurrada con las huellas de los dedos del artista bien marcadas en el cuerpo; otro consistía en un solo par de aros enormes de metal figurando los ojos y un pequeño tubo sosteniéndolos a manera de cuerpo; Rodrigo decía que era un búho "minimalista", o sea hecho con los mínimos elementos que lo hacían reconocible; el tercero era un búho elaborado con pedazos de chatarra vieja: tornillos, tuercas y pedazos de lámina. Otros búhos no estaban situados en un lugar especial, sino salpicados en las diferentes repisas de los libreros, sin ton ni son.

Rodrigo cuidaba sus búhos como si fueran sus más grandes tesoros; en realidad eso eran, sus más grandes tesoros, y sus hijos a veces se preguntaban si serían más importantes que todos esos libros que le habían dado a su papá la cultura tan amplia que tenía, esos conocimientos que le permitían ser profesor en la universidad. Algunos búhos podían



ser tomados por sus hijos para jugar, pero otros no porque eran delicados, si acaso él los ponía en sus manos por un momento para inmediatamente volverlos a depositar en el librero. Su cuidado por los búhos había llegado al extremo de que no permitía que nadie hiciera la limpieza de sus libreros, sólo él mismo, razón por la cual casi siempre los búhos tenían una capa de polvo sobre sus cuerpos.

Cuando terminaban los programas de televisión que les gustaba ver, se iban a dormir al otro cuarto en el que había dos camas individuales; en una dormían Ana y Matilde, y en la otra Rafa y Callo, incómodos pero felices por esas dos noches de cercanía con el papá. Rodrigo se dormía en el sillón de la sala con un cojín y una cobija, era como estar de campamento en la ciudad.

Una noche, Matilde se levantó al baño cuando todos estaban dormidos y oyó voces en la sala; pensó que su papá hablaba con algunos amigos y abrió la puerta del baño despacito para entrar sigilosamente y no interrumpirlos; al terminar, sólo quería atravesar la sala para llegar a la cocina por un vaso de agua, mas no quería ser vista porque le daba flojera saludar a los adultos. Pero para su sorpresa, la luz de la sala estaba apagada y su papá roncaba en el sillón.

—No estoy de acuerdo —decía una de las voces—, el amor es sólo un invento de los tiempos modernos.

—El amor —opinaba otra de las voces— es la inteligencia de la naturaleza, el desprendimiento del Yo.

Matilde se dio cuenta de que eran los búhos los que hablaban. Se habían movido de lugar, estaban todos ellos sobre el escritorio de Rodrigo; la mayoría formaba un semicírculo de espectadores y cuatro de ellos estaban al frente, como dictando una conferencia. De pronto todos querían hablar al mismo tiempo, pero un búho con birrete y toga los hacía callar.

—¡Silencio! —decía—. Esto es una mesa redonda.

—¿Por qué estamos entonces sobre una mesa cuadrada? —preguntó un joven búho cubierto de chaquira, era un búho *hippie*.

—“Mesa redonda” se llama cuando algunos sabios exponen sus ideas a los demás y discuten entre ellos —contestó el búho académico.

—Y ¿qué quiere decir “bocacalle”? —preguntó una pequeña búho de peluche.

—No estamos hablando de eso, nuestro tema de esta noche es el amor.

—Y ¿qué quiere decir “rascacielos”? —insistió la buhito.

—Ahora no podemos discutir todos los conceptos. Hoy sólo hablaremos de amor, familia y matrimonio.

Matilde se deslizó a gatas por la alfombra para no ser escuchada por los búhos. Algo le decía que a ellos no les gustaría que ella supiera que en las noches cobraban vida, por algo se esperaban a que todos estuvieran dormidos para hacer sus reuniones intelectuales.

—El concepto de familia ha cambiado en los últimos tiempos —comentaba una búho gorda de cerámica con flores de colores dibujadas en el cuerpo—. Antes la familia estaba conformada por el padre, la madre y los hijos, ahora que la separación de los padres es tan común, las familias se conforman de madre e hijos, de padre e hijos, y a veces los padres se casan con otras personas y forman familias compuestas por un padre y sus hijos, y una madre y sus hijos, son familias nuevas, diferentes a las de otros tiempos.

—¡Qué barbaridad! —decía desde el público un búho de terciopelo morado—. ¡A lo que hemos llegado!



—Ahora también hay familias conformadas por una pareja del mismo sexo, dos varones o dos féminas —opinó con voz aguda un búho de cristal cortado.

—Dejemos que los sabios expongan sus ideas —interrumpió un búho de corcho que alguna vez sirvió de tapón de una botella.

Los cuatro búhos que se encontraban al frente eran: un búho de la India vestido con manta blanca, un búho de barro negro, el búho con toga y birrete, y la búho gorda de cerámica con flores dibujadas en el cuerpo. La búho dijo:

—Las cosas han cambiado porque la mujer se ha incorporado a las labores profesionales.

El búho negro opinó:

—El matrimonio es una institución en desuso.

El búho indio preguntó con voz grave y pausada:

—¿Por qué nos perdemos en las ideas?

El búho académico expuso:

—La sociedad se ha transformado. Los seres humanos buscan nuevas formas de relación.

Matilde no entendía los argumentos de los búhos, pero algo le quedaba claro: la separación de sus papás no era algo que sólo sucediera en su familia, era un fenómeno de la sociedad que estaba cambiando. Eso le dio tranquilidad y se fue quedando dormida ahí, abajo del escritorio, arrullada por las voces de los búhos que no llegaban a ningún acuerdo.

Cuando los demás se despertaron, los búhos ya estaban en su lugar. Matilde dormía plácidamente sobre la alfombra bajo el escritorio. Rodrigo se acercó a ella, la tomó en sus brazos y le dio un beso.

—Mijita, ya vamos a desayunar.

—Papito, te quiero mucho —dijo Matilde todavía amorrida, y se colgó del cuello del papá.

Rodrigo se la llevó cargando hasta la cocina. Alrededor de la mesa se arremolinaban sus hermanos sirviendo la leche, poniendo el pan dulce en una canastita, calentando el café. Matilde no quiso contarles lo que había visto durante la noche, era un secreto que guardaría para ella misma, hasta que fuera grande y escribiera una novela en la que uno de los capítulos llevaría por nombre "El congreso de los búhos", pero para eso faltaban muchos años.



Capítulo X

“Nadie puede deshojar una flor sin perturbar una estrella”

Ana había visto la frase “Nadie puede deshojar una flor sin perturbar una estrella” escrita en una piedra del zoológico en una excursión que había hecho con la escuela. Le había parecido tan bonita que se le había grabado. Ahora que habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo se daba cuenta de su profundo significado. Lo que alguien hacía, cualquier acción, por pequeña que fuera, afectaba la vida de todos los demás, y no sólo de las demás personas, sino de todos los elementos del universo. Sus papás habían decidido separarse y la vida de todos se había transformado, como se hubiera modificado de todos modos, aunque de otra forma, si se hubieran quedado juntos. Amable había llegado a la familia por azar, como un pajarito que se posa en la rama de un árbol, y había traído para cada uno de ellos un regalo de su tierra donde las cosas se explican de manera distinta, y había logrado, sin proponérselo, que vieran y sintieran la vida de forma diferente. Ya no le parecía una tragedia la separación de sus papás, simplemente le parecía que las cosas habían cambiado demasiado rápido en poco tiempo, todo había sucedido en un verano, pero también se daba cuenta de que todos se iban acostumbrando poco a poco

a esos cambios. En el presente se imaginaba la vida como un caleidoscopio, esos tubos de cartón que, por dentro, en el extremo distante, tienen unos vidrios de colores que forman una figura. Uno pega el ojo en el tubo de cartón y con la mano le da un giro, entonces los cristales de colores se mueven ahí al fondo y forman una nueva figura, diferente pero igual de bella. Eso había pasado con su familia. Callo había entrado al jardín de niños y se había vuelto menos miedoso y menos latoso. Su mamá ya no lo consentía tanto porque estaba muy interesada en sus propias cosas; Ana la veía llegar del hospital cansada pero contenta. Matilde seguía siendo tan despistada y desordenada como siempre, pero ella, Ana, ya no se desesperaba tanto con su hermana, a veces hasta jugaba con ella a hacer pequeñas escenas de teatro. Rafa se había ganado un trofeo de campeón goleador con su equipo de fútbol y su papá lo había ido a ver a la final; sólo había llegado para los últimos diez minutos del partido, es cierto, pero algo es algo, y ahora, en las mañanas de domingo, lo estaba enseñando a manejar la camioneta. Natasha, la novia de su papá, lo ayudaba a ser una persona más normal, no sólo un búho de carne y hueso metido en sus escritos. Y Ana tenía novio. Pronto entraría a la prepa y los vidrios del caleidoscopio volverían a formar otra figura. Todos irían creciendo y haciendo sus vidas. La vida de Amable también había cambiado, ahora podía escoger si quería quedarse en la ciudad o si algún día regresaría a su casa, a su pueblo, a Manantul.

Amable sabía todo esto de una manera distinta. No con pensamientos racionales como Ana y como mucha gente de la ciudad, sino con imágenes en movimiento al interior de su mente. ¿Era su mente o era su corazón el que tenía una inteligencia diferente? Entendía en lo profundo de su ser que los árboles mudan sus hojas y que hay tiempos de

sequía y tiempos para las flores y los frutos. Amable sabía que era hora de los pericos y hora de las estrellas, y sabía que el Sol se mueve de lugar y que la Luna pone nervioso al mar. Ana le había enseñado a leer y a escribir, y ahora la ciudad le parecía un lugar conocido en donde se movía como pez en el agua. Hacía unos cuantos días había ingresado a un sindicato de trabajadoras donde le estaban enseñando a defender sus derechos. Así que todos continuaban aprendiendo los unos de los otros.

Todo esto sucedió en un verano. Clara había sembrado en la banqueta, afuera de la casa, hacía quince años, un árbol Tabachín que nunca había floreado. El año en el que sucedieron estos acontecimientos, el árbol se llenó de flores rojas; tal vez por el abono que Amable había traído en una bolsa desde Manantul; tal vez, sencillamente, porque una estrella se había movido en el firmamento. Clara le preguntó a Amable:

—Amable, ¿por qué habrá floreado el Tabachín?

—No sé, Clarita, yo sólo vine a recoger las hojas.



Verano

Se terminó de editar en octubre de 2022
en las oficinas de la Editorial Universidad de Guadalajara,
Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39, interior 32-33, Industrial Los Belenes,
45150, Zapopan, Jalisco.